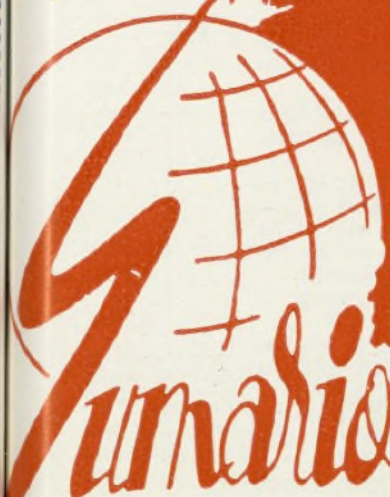


CENIT

*sociología —
ciencia — literatura*



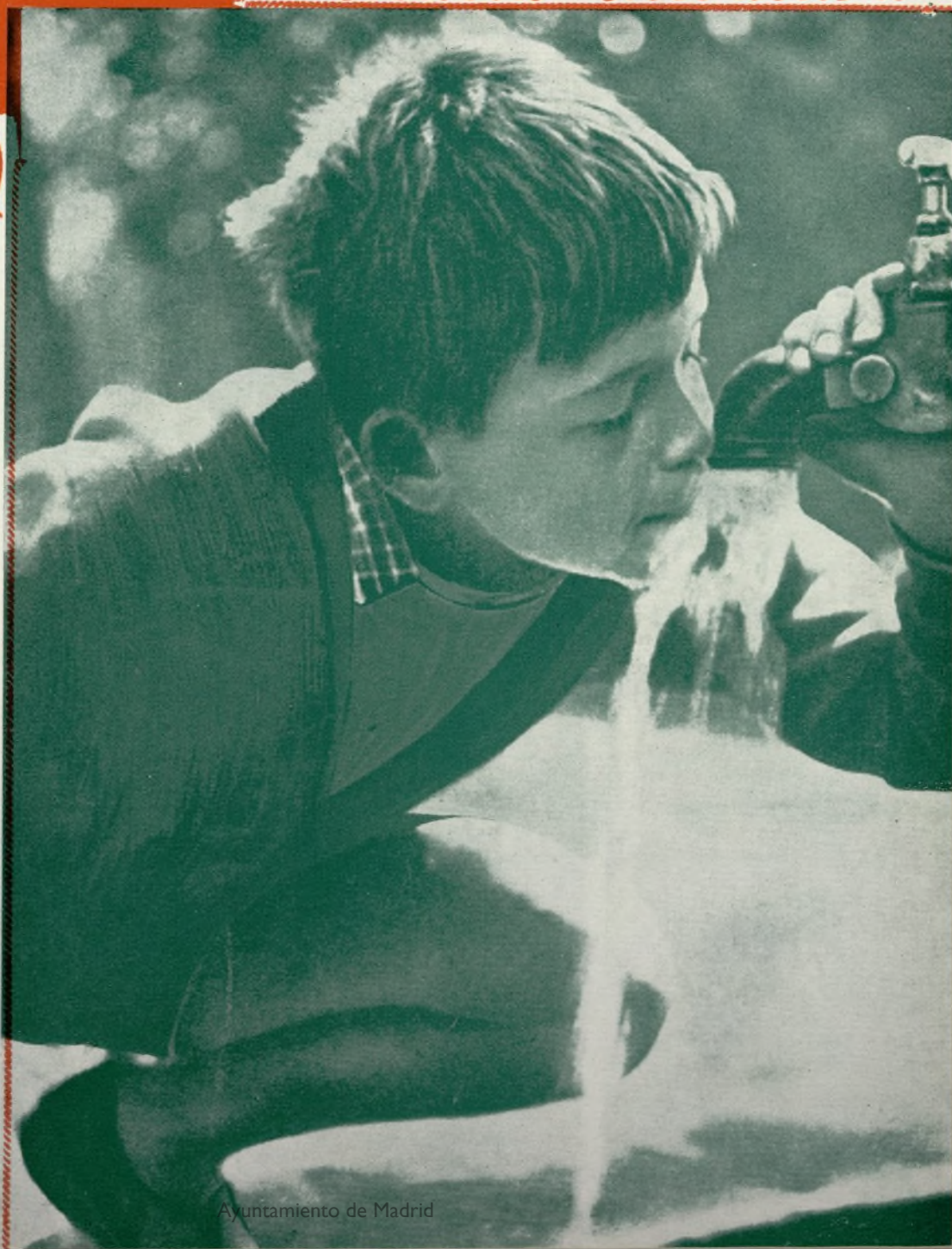
- Plácido Bravo** : Hoja por hoja.
Floreal Ocaña : Valor de la duda y del ser.
Angel Samblancat : Ciencia venenífica.
Cosme Paules : Nueva versión de poemas y religiones.
Puyol : Cervantinas.
J. Manaut Viglietti : Evocación de Santiago Rusiñol en el «Cau Ferrat».
Miguel Jiménez : Cartas al amigo. — Acción y Cultura.
Charles d'Ydevalle : Cárceles de España.
Alberto Carsi : Buscando raíces.
Fontaura : El mito y la realidad sexual.
Max Scheler : La edad.
J. Martínez Ruiz : La pedagogía.
Soledad Gustavo : Listz.
W. Muñoz (selección) : ¡Que la juventud sea!
J. Ferrer : Glosa al sindicalismo.

134

FEBRERO - 1962

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 1,00 NT



Ayuntamiento de Madrid

NUESTRA PORTADA

MIRANDO a este niño bebiendo agua nuestro pensamiento recorre veloz un mundo de símbolos: El niño, principio y fin de la creación, y único testigo de ésta, siendo todo lo demás completamente secundario. Complemento del hombre es lo que vive y se mueve; todo existe para el hombre, todo, la materia como el espíritu, lo real como lo ficticio, el animal como la cosa, lo humano como lo divino. Sin el hombre, adiós aprecio, cálculo, recuerdos, perspectivas, futurismo histórico; adiós vida incluso. Todo reducido a cosa.

El AGUA, madre soberana y majestuosa de la materia, mezclada a todo y siempre dispuesta a independizarse. Sin agua no se concibe ni siquiera materia, ni materia habría. Sin el líquido no es posible el estado sólido.

El agua de este grifo nos recuerda a nuestro fiel colaborador y amigo de CENIT Alberto Carsi, hoy difunto, para quien el agua era tema predilecto de sus discursos. Su «Historia de una gota de agua» es el canto más grande que se ha hecho a una cosa tan insignificante como es una perla de rocío. Mucho se habla y se glorifica a la tierra, pero no menos se merece el agua, su inseparable.

Este niño agarrado al grifo ¿no parece además aquél en el que Diógenes el sabio se inspiró para perfeccionar su conducta?

Junto al niño el grifo, que simboliza al esfuerzo humano. Gracias a éste, el agua cae a chorro en este lugar. Después de perforar montañas, para llegar al lago subterráneo, el minero y el mecánico, el carpintero y el dibujante, el peón y el ingeniero, en conjunción de esfuerzos, han obtenido que aquello que hasta entonces era riqueza inaprovechada y escondida, estuviese a la disposición de la vida y al alcance de todos.

En estos momentos de zozobra y de peligro universal, desde CENIT emitimos el deseo formal de que el respeto a la naturaleza y a las fuerzas laboriosas de la humanidad sea la regla de conducta de todos. ¡Que el agua pueda continuar su misión de bienhechora para el sediento y sus necesidades vitales y sociales! ¡Que los niños puedan beberla siempre en paz y con la tranquilidad que la bebe nuestro protagonista! ¡Puedan los hombres continuar horadando rocas y montañas para facilitar y embellecer la vida! y, en fin, ¡pueda la humanidad del trabajo continuar su labor hasta el dominio y conocimiento total de los elementos y de la materia y poder realizar el sueño paradisiaco de sus dioses, como máxima expresión de su genio.

Este es el deseo ferviente que expresamos desde CENIT ante la imagen sublime de este niño diógenesiano.



REVISTA MENSUAL DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Redacción:

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma

Colaboradores:

José Peirats, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lamberet, A. Prudhommeaux

Precios de suscripción. — Francia: Trimestre, 3 NF.

Semestre, 6 NF. Año, 12 NF.

Número suelto, 1 NF.

Paqueteros, 10 % de descuento

Exterior: Semestre, 7 NF. Año, 13 NF.

Giros : « CNT », hebdomadaire, C.C.P. 1197-21,
4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute Garonne)

NOCTURNAS invernales. En la penumbra, silenciosa, como pasmada: la vetusta aldea. Recostada sobre el repecho de una pirenaica sierra, el norteño cierzo acantilado silbaba con estridencia y barria, formando remolinos, sus tortuosas callejuelas.

En las afueras, lóbregas moradas con techumbre de pizarra, muy inclinadas. Encima, felinos en celo maullando. Lánguidas llamadas a la concubina, huraña, seguidas de embates rabiosos. ¿Simulados? El can aullando en la estacada, lúgubre gemido que infunde pavor y, a la vez, lástima. Por una angosta ventana distinguiese una luz mortecina y vacilante en el interior de una casa.

Curioso. En la alcoba misera sobre viejo camastro, un mozueto leyendo a destajo; sin hacer puntos ni comas, intermedios ni pausas. ¿El libro que tenía en la mano? «Padres e hijos». Desde lejanas estepas, el hábito de Turguenef bañaba su alma. Pasaban las horas, por fin cayó el telón, cerráronse sus párpados, su mano soltó la presa, en tanto la vela se consumía en vano velando. Y así, noche tras noche, merced a estos mensajes impresos, seguía comunicando con la vanguardia inconformista de sus tiempos.

..

Metamorfosis; dolorida adolescencia. Crisálida: crisis de una edad crítica. Juventud romántica a fuer de ingenua, nihilista por inexperta, empero inquietante, siempre inquieta. Hecha de pasiones arrebatadoras e inconfesadas, originando súbitos rubores que descubren candideces o complejos subconscientes.

En fin, el primer bozo punteó en su macilento rostro y crecieron las alas de su pensamiento; apareció el vello primerizo en el pecho del efebo, mientras su corazón resentía incipientes desosiegos. Y, en sus horas febricitantes, juraba no aceptar ja-

Hoja por hoja

más el bozal ni la albarda de aquellos tradicionalistas labriegos. En efecto, todo le exasperaba. Los niños ya no le admitían en sus juegos y aun le rechazaban cuando intentaba, solemnemente, mediar en sus querellas. Los hombres, en el tajo, atormentábanle con sus tretas y apuestas, y abrumado salía escuchando sus rancias consejas. El hijo del bravo bracerío sentía asfixiarse en la aldea sin eco.

Aquella primavera iba a primar en su incierto destino. Sus crisis alternas sucedíanse con mayor frecuencia. Ora taciturno, ora expansivo, preso de súbitas alegrías y de prolongadas tristezas, el zagal sufría y soñaba a un tiempo. Su padre nada comprendía a lo que, para él, eran simples caprichos o rarezas, producto de lecturas atrevidas y pe-

caminosas. Su madre sólo intuía aquel misterioso complejo escondido tras aquella frente hermética. Y la besaba, temblorosa, sin acertar otros remedios.

Pero cierta tarde de verano, tormentosa, mientras afuera soplaba el cálido bochorno, en el hogar rompióse la tirante cuerda. La siesta los había puesto irascibles. Entre padre e hijo cruzáronse frases agresivas, mordaces, hirientes. El primero amenazó quemarle sus libracos, tildóle, además, de engreído, holgazán y mequetrefe; rebelde, el hijo, replicó al ataque. Excitado, respondió con semejante sarta de sancedes. Y lo irremediable llegó. Creyendo hechos añicos el respeto, el rostro proteico del mancebo. El hijo, cual relámpago, subió a su alcoba. La decisión grave estaba tomada: partiría.

Cogió de su baúl el traje dominiguero. Luego, tendió sobre el camastro el gran pañuelo de bastista, encima colocó sus libros preferidos y unos cuadernos repletos de menuda letra, trazada por su pluma incierta: uno de pensamientos y síntesis; otro de apuntes y ensayos. Otro de historietas y cuentos, y otro — que guardó en su seno — lleno de poesías y poemas, esbozados apenas sin rima ni métrica. Metió aún algunos fetiches, algún que otro recuerdo, y finalmente, un paquete de epístolas, unas de amorios, otras de carácter subversivo.

Ya más sereno bajó las escaleras. Su madre esperaba ansiosa en el umbral de la puerta, mas no salieron ni súplicas ni besos. Para torcer su camino recto precisaba algo más que esto...

Sin saber lo que quería, pero sabiendo concretamente cuanto aborreía, emprendió aquel día, el aciago camino del destierro.

Con el petate acuestas alejóse unas leguas de la aldea.

PLACIDO BRAVO

Decíamos ayer

Valor de la duda y del ser

La psicología y la conducta humana

V

EL origen de todo conocimiento se halla en la curiosidad, coadyuvando, extraordinariamente, las **intuiciones** y el **saber dudar**. Constituyen dinamismos psicológicos que al hombre —al de ciencia en particular— lo tienen siempre ocupado y preocupado, en permanente movimiento psíquico-mental, en constante actividad investigadora que le permite ampliar, sin cesar, el campo de la sabiduría.

De la **curiosidad**, del deseo de comprender y saber, ya hablemos, en el trabajo anterior, aunque brevemente. Ahora hablaremos de la importancia de las **intuiciones** y del **dudar** en la vida del ser humano y de la sociedad.

Según la experiencia psíquica la **intuición** es una especie de «iluminación» o explicación súbita que puede ser inventiva, sensible, estrictamente psicológica o superior con respecto a exactitud: de **evidencia**.

Sería prolijo referirnos a las mil y una de las intuiciones que se presentan en la vida cotidiana del sujeto, en el curso de las relaciones de toda clase y orden que mantiene con sus semejantes que lo rodean: en el hogar, en los trabajos, en los diversos centros de reunión, en fin: en todos los lugares donde, diariamente, se producen situaciones en las que la mujer, generalmente hablando, supera al hombre en capacidad **intuitiva** acertando, particularmente, al dar soluciones inmediatas a los problemas más importantes: los que tienen que ver con las buenas relaciones humanas, con la armonía familiar y social.

A ninguna persona ha de extrañar la superioridad de la mujer en el orden de los sentimientos humanos, porque por naturaleza es más **sensible**, altruista y alterocéntrica que el hombre. Es obvio que se sitúa más que éste en el centro de los problemas, de las preocupaciones, de los conflictos psicológicos «ajenos», haciéndoselos suyos, en grado mayor o menor, de acuerdo con la simpatía que le inspira el individuo, la familia o la colectividad afectada.

Los especializados en psicología profunda son los llamados a realizar la ardua tarea de explicar, científicamente, hasta el punto que sea posible, las condiciones ambientales, sociales y psicológicas que intervienen en la producción de la **intuición**, que la relacionen con la fisiología cerebral, las influencias psicofísicas, lo inconsciente, lo consciente y la conciencia. Nosotros diremos lo poco que sabemos al respecto. Más bien nos limitaremos a la sucinta y llana explicación de la **intuición** y de la **duda** que consideramos «creadoras», porque nos encaminan hacia la «creación» en los dominios de la

Tecnología, de la Ciencia, del Arte, de la Filosofía, etc.

Nada produce mayor contento al «espíritu» descubridor, «creador» o **constructivo**, en una palabra, que la aprehensión de la **intuición** que le hace ver lo maravilloso, inesperadamente, al estar peregrinando por extraños caminos de la **duda** o después de haberlos seguido, al parecer inútilmente, sin haber obtenido resultados positivos en sus estudios, investigaciones y experiencias.

Ningún esfuerzo se «pierde» totalmente en el Universo. Veamos algunos ejemplos: al músico afanado buscando la proporción entre los movimientos de dos tiempos diferentes sin conseguirlo a satisfacción pese a haber estado razonando hasta el cansancio y, súbitamente, la **intuición inventiva** le descubre el ritmo cabal de la melodía; el biólogo, el químico, el físico, el matemático, etc., en la **intuición sensible** encuentran el punto de partida de nuevos razonamientos sobre aspectos o partes del mundo material para los que no hallaban explicación lógica; por la **intuición psicológica** el psicólogo adquiere repentina **conciencia** de un sentimiento, de una emoción, descubriendo nuevos datos psicológicos concretos que le explican el por qué de las acciones y de la conducta global de un sujeto, conocimientos, en fin, que enriquecen y fortalecen el concepto Dinámica adoptado por la Psicología en nuestros días; el hombre dedicado a las ciencias llamadas exactas —el matemático, particularmente—, después de estudiar y analizar las más contrarias hipótesis, en busca de una verdad, sigue preocupado, sin atreverse a dar un juicio definitivo y, de pronto, gozoso, admite el que le ofrece, de forma certera, con singular exactitud y diaphanidad, la **intuición de evidencia**. Y ¡eureka!, por esta última **intuición** el pensador descubre el **exidente** y principal objetivo de la Filosofía en esta hora que vivimos, y para siempre en la Humanidad: coordinar los nuevos conocimientos, todas las ciencias que son fracciones de la Verdad Cósmica. Este último y fundamental aspecto del gran problema científico, tecnológico, social y humano lo dejamos para tratarlo, exclusivamente, más adelante.

Al limitarnos a hablar sobre las **intuiciones** no se interprete que las consideramos aparte del cuerpo —¡sería ridículo!—, ni que damos la razón a los interpretadores caprichosos del pensamiento de Bergson que defienden viejos y gastados puntos de vista metafísicos. El conocimiento **intuitivo** no es opuesto al conocimiento **racional**. El primero se manifiesta a mayor velocidad que el segundo; pero ambos nacen y se desarrollan en nuestro organismo, se ayudan y se complementan. A lo **intuido** sigue el encadenamiento de razones, de análisis y experiencias y en la síntesis se confunden formando

una sola cosa: el conocimiento completo, la idea o la nueva verdad científica, tecnológica, filosófica, moral, etcétera.

No nos tomen, pues, por religiosos, ni por «espiritualistas», ni por metafísicos de ninguna clase. Todo se halla en el hombre y en su medio. Y aquél vive y obra como unidad funcional, más o menos equilibrada, sirviéndose de experiencias internas y externas. Esto es tanto como decir que la **intuición** tampoco podemos desprenderla, absolutamente, de la inteligencia y del instinto o, en una palabra: del todo psicosomático. Pero en éste, del que brotan todas las **intuiciones**, hay lo heredado y lo **adquirido** en milenios de evolución física, de civilización y cultura, y todas las posibilidades materiales de adquirir mejor funcionamiento orgánico, nuevas tendencias, otros hábitos y nuevos **determinismos psicológicos**. Estos sí que existen gracias al **poder de decisión** del hombre y a su **voluntad** de adquirirlos. Uno lo sustituye por otro de acuerdo con el modo que quiere articular o estructurar su vida en medio de una nueva situación vital.

En el mundo de los inquietos que anhelamos superarnos, comprender y saber más, no cesamos de **dudar** y de preguntar: ¿Por qué la sociedad está organizada de forma injusta y no de manera racional y humana? ¿Por qué el individuo humano hace esto y no aquello que lo beneficiaría más? ¿Por qué...? Y los por qué nos hacen creer que el mayor caudal de **intuiciones** se debe al **saber dudar**. No es confuso el concepto. Consideramos que es preciso **aprender a dudar** sin temor. Las **dudas** de las personas, científicas o no, que piensan por sí mismas, sin dejarse encadenar e inmovilizar por ideas hechas, nunca fueron, ni son, generalmente hablando, caprichosas, infundadas, ni descabelladas.

No **dudar**, de forma cuerda y valerosa, significa cesar de meditar, de contrastar ideas y hechos, dejar de inquirir, anquilosarse, morir psíquica y mentalmente. El hombre no puede —¡ni debe!— resignarse a «vegetar», hasta el fin de sus días, en permanente error, por mantener un mal entendido «respeto» a tradiciones diversas, por ejemplo, que sin ningún miramiento acabaron con las que sustituyeron las cuales, a su vez, provocaron el derrumbe de otras tradiciones a hierro, sangre, y fuego y así, sucesivamente, retrogradando o involucionando en la historia humana. El «esto matará aquello» de Víctor Hugo es salir de **dudas**, haber comprendido que la Verdad no se detendrá ante la Mentira: que la vencerá y eliminará por la dignidad y el bien del género humano.

De la **duda**, que es afán de entender y saber, con todos los factores y elementos concomitantes y coadyuvantes, «brota» la **intuición** que nos ilumina como de la nube parte el rayo que alumbra en la noche. No cesemos de **dudar**. ¡No nos detenga el temor a los errores! Pensemos que los aciertos son los deseables, los que buscamos, los que importan al «espíritu» científico y a la humanidad. La historia de la civilización y de la cultura nos enseña que las **dudas** sentidas y expresadas por mentes despiertas, sanas y sensatas acabaron, las más de las veces, dando paso a ideas constructivas.

¡Cuántas cabezas de varones generosos que **dudaron**, pensando, en el bien de sus semejantes, que expusieron brillantes, razonables y constructivas **intuiciones** fueron silenciadas, suprimidas —y lo son todavía— por las tradiciones autoritarias religiosas y políticas de su época! Pagaron con la vida el poner en **duda**, primero, y negar después el valor social, económico y cultural de aquéllas, por tacharlas de inmorales, de tiránicas y opuestas al bienestar y a la libertad de la mayoría de los miembros de nuestra especie.

Con sobrada razón se afirma que «la duda es el principio de la sabiduría». Y el que las religiones, en particular, continúen prohibiendo, terminantemente, **dudar** sobre la validez de una cualquiera de sus concepciones teológicas o doctrinarias significa proclamar, automáticamente, sin **duda** alguna, que continúan tomando partido por la ignorancia más supina. Se proyectan psicológicamente, ponen en **evidencia** que detestan todo el saber adquirido que pone al descubierto sus mentiras. Confiesan, paladinamente, que no resisten el estudio, la investigación y el análisis de la razón científica-humana que son, por consiguiente, falsas y opuestas, absolutamente, al Progreso que existe gracias a que los humanos evolucionados siguen **dudando** y desvaneciendo **dudas**.

El genio científico se caracteriza, precisamente, por no rechazar las **dudas** que lo asaltan, por dar rienda suelta a la imaginación que le ofrece, en el momento menos esperado, otros caminos científicos: repentinas percepciones, valiosas **intuiciones** con las que inicia nuevas estructuras científicas, tecnológicas, éticas, filosóficas. Cuando en un instante dado se atreve a dar un salto **intuitivo** —como Newton, Einstein— logra descubrir el nuevo principio, la nueva ley de la naturaleza, etc.

¡Aprendamos a **dudar**! ¡Dúcese siempre hasta salir de **dudas**!, proclama con firme y serena convicción el «espíritu» científico en oposición total con el «espíritu» religioso. Y los hombres de ciencia, consecuentes, admiten se **dude** hasta de sus propios inventos y descubrimientos. Por su parte los sometieron y los someten a todas las pruebas. A todos sus semejantes les piden que hagan lo mismo. Sólo después que resisten todos los análisis, todas las comprobaciones posibles, tienen la seguridad que han hecho verdaderos hallazgos, que han encontrado verdades que resplandecen por sí mismas a la vista de los hombres de todas las ideologías.

El hombre de ciencia mantiene siempre despierta la curiosidad y abierto el «espíritu» a la **duda**. Hagamos lo mismo; aprendamos de él. Entregado a la reflexión constante y a la atención **voluntaria** forma sólida tendencia retentiva de conocimientos que fortalece con el hábito correspondiente. Así fija fuertemente en la memoria lo que le conviene para recordarlo en el momento que lo precisa, y raramente se le escapa la **intuición** que a veces aparece, felizmente en el curso del desarrollo lógico de sus estudios, investigaciones y experimentos. No siempre tiene tal suerte. Pero en general con el ejercicio permanente de retener el individuo humano, sea o no científico, está más predispuesto a recibir o «atrapar» cualquier **intuición**. Por extraña

que parezca le da siempre importancia a **conciencia** que puede contribuir a aumentar uno de los más preciados tesoros del género humano: el Saber.

Citamos la **conciencia** porque de acuerdo con la teoría constructiva de la Psicología contemporánea, llamada Dinámica, entre aquélla y la **inconciencia** no existe un límite exacto. Al admitir, por lo tanto, que la personalidad es dinámica reconocemos que en los procesos psicológicos participan lo inconsciente y lo consciente, las experiencias internas y las externas. Sin embargo no vamos a extendernos hablando del campo y del contenido de la **preconciencia** y de la **conciencia**, y de los grados en que la dividen fisiólogos y psicólogos. Si mencionamos la **conciencia** es por la relación que tiene o pueda considerarse que tenga —acertadamente o no—, en la situación psicológica de las **intuiciones** que planteamos.

Nosotros y todos los individuos observadores experimentamos, en momentos dados, que tenemos **conciencia** de algo que nos parece, de forma vaga, haberlo conocido antes. Desconcertados, inseguros, al quedar sin poder precisar cuándo, dónde y por qué se «esfuma» el débil indicio que nos hizo pensar, y acabamos aceptándolo como conocimiento completamente nuevo en todas sus partes. Fijado débilmente en el inconsciente quedó olvidado, como inexistente, al no haberlo utilizado ni dado importancia —o muy poca— al adquirirlo ayer. Pero hoy la experiencia interna lo vuelve a la **conciencia** del sujeto a tiempo de servirle de dato valioso o de advertencia, y al prestarle la atención debida, en circunstancias favorables a su desarrollo, lo lleva al éxito.

Lo poco que hemos expuesto sobre la **conciencia** y las experiencias de los procesos psicológicos inconscientes y conscientes es para llegar a la conclusión que no han de confundirse con las **intuiciones**. Tienen, a nuestro entender, cierta participación en la formación de éstas como la tienen los «factores» o elementos atmosféricos en el estallido del rayo. El contraste que acabamos de hacer entre lo psicológico y el medio físico parecerá desacertado a primera vista, pero consideramos expresar claramente lo que sigue: nos referimos, por una parte, a conocimientos bien o mal adquiridos y, por otra, a los que han de adquirirse, a lo que ocurre, inesperadamente, y puede ser —como la **intuición**— el principio de nuevas experiencias.

Las **intuiciones** aparecen repentinamente, sin interposición de la razón. Y hemos de aprehenderlas en seguida, sin vacilaciones, por absurdas que parezcan. De lo contrario huyen y desaparecen del mismo modo que se presentaron: fugazmente, y quizás para siempre. Se desvanecen tan velozmente como la luz de los relámpagos en la lejanía, sin poder descubrir sus huellas, sin lograr descifrar el mensaje que contenían.

Una **intuición** —o varias intuiciones— puede hacernos triunfar en una determinada actividad humana o, cuanto menos, servirnos de ayuda para alcanzar útiles, bellos y elevados niveles psicológicos; pero también podemos quedarnos sin aprehenderla por distracción u otras circunstancias im-

previstas, o no seguirla al ser aprehendida, desobediéndola, rechazándola.

Son tres, pues, los casos fundamentales que pueden presentarse al sujeto frente a la **intuición** que podemos denominarla estallido de la «psiquis» humana que despierta su mente para que «vea» y comprenda, de un golpe, la solución de un problema, la iniciación feliz de otro o se salve de una crítica situación vital formando, oportunamente otra situación más favorable al desarrollo de su existencia, globalmente considerada. Y el sujeto de carácter evolucionado, con personalidad reciamente progresista, libertario, revolucionario en toda la extensión y profundidad del concepto, al presentarse la **intuición** ha de atenderla al instante, sin demora, con radicalidad vital, con sabia prudencia y heroico valor humano.

Respecto al primer caso ya indicamos más arriba, someramente, cuán constructiva puede ser la acción inmediata, continuada, de aprehender y utilizar la **intuición**. En el segundo —no aprehendiéndola— se nos dirá que ni siquiera es posible colocarla en ningún orden de los dinamismos o de los niveles psicológicos. Reconocemos que, al respecto, caben la objeción y la **duda**. En efecto, de una impresión o «visión» **intuitiva** borrosa, que se desvanece en un santiamén, sin poder precisar detalles de su contorno ni de su contenido ¿cómo demostrar que existió y pueda ocupar un sitio en el estudio de los procesos mentales y psíquicos?

¿Pruebas «materiales» de **intuiciones** que se nos «escaparon»? ¿Cómo probar que existió una **intuición** que no aprehendimos? Nos dirán, irónicamente unos y seriamente otros, que está fuera de lo real, de lo comprobable. Pero ¿qué es lo real? Aplicada la pregunta a los procesos psicológicos y mentales podemos contestar: lo que tiene efecto, ocurre, se produce o **sentimos** también podamos o no explicarlo. De una «exhalación» del movimiento de energía, por veloz que sea, alguna huella queda, más o menos durable. Y en medio de una situación vital —o de varias situaciones «creada» por nosotros o por otros semejantes ¿quién no ha tenido alguna vez —muchas veces en su vida— la impresión, indefinible, que está perdiendo algo valioso en lo íntimo de su ser? Muchos son los individuos humanos normales que han pasado y pasan por extraños e inexplicables estados **sensibles**; pero pocos son los que se detienen a pensar, a preguntarse qué les pasa, por qué se sienten angustiados, buscando en sí mismos las respuestas, libres de prejuicios religiosos y metafísicos.

El no sé qué nos **ocurre** sin poder explicarnos qué lo produce y por qué, sometiéndonos a una instantánea tensión psicológica significa, seguramente, el esfuerzo tardío de nuestra naturaleza psíquica, inconsciente y consciente, por retener la **intuición** fugitiva que se «pierde» en nuestro ser psicosomático como el rayo desaparece en el seno del planeta Tierra o del Universo. Perdemos la oportunidad de aprovechar, inmediatamente, la **energía intuitiva**, de llevarla al campo de la **conciencia** y estudiarla.

Consideramos que el testimonio del paso por nuestro mundo **sensible** de la **intuición** perdida o

desaprovechada es esa especie de angustia psíquica-mental que experimentamos los «espíritus» inquietos en el instante más inesperado: estando abstraídos buscando la perfección en un trabajo manual, artístico o puramente intelectual; entregados a la observación y a la reflexión, completamente despreocupados, distraídos, o simplemente en ocio sereno, tranquilos, admirando las maravillas de la naturaleza o una plasticidad ejecutada por el hombre.

Dijimos que en más de un ocasión hemos sentido que cierta idea que acabamos de aprehender nos parece que ya la conocimos, que no es la primera vez que llega a la conciencia. Y nos lleva a considerar que una intuición «perdida» posiblemente repita su presencia con características parecidas, y hasta más definidas y claras, más completas y exactas, si vuelven a combinarse o a coincidir, con más madurez, las situaciones, circunstancias y condiciones en general psíquicas-mentales que la formaron primeramente.

Hemos hablado sobre el ser o no aprehendida la intuición. El tercer caso podemos concretarlo en el sujeto que en la disyuntiva de hacer esto o lo otro en un problema de carácter profundamente social, por ejemplo, decide adoptar la conducta que, de momento, más lo beneficia personalmente rechazando el «dictado» de una intuición oportuna, trascendental, que aconsejaba el comportamiento que favorecería a todos o a la mayoría de sus semejantes incluyendo a sus afines en ideas y sentimientos que luchan, asimismo, por el bienestar colectivo.

En la vida social es muy común descubrir al sujeto que, «víctima» de la educación egoísta y autoritaria que dan todos los Estados a los hombres, dominado por un egocentrismo bestial, excluye cualquier «revelación» intuitiva y buen razonar social, moral, sin importarle que ocasione considerables perjuicios a la colectividad.

Durante el curso de las revoluciones sociales son demasiados los sujetos que obran del modo precipitado contrariando, en algunos casos, sus más íntimos pensamientos y sentimientos opuestos, esencialmente, a que continúe lo que se llama «vida normal» de los pueblos que es anormal e inmoral por la injusta distribución de los bienes, por las desigualdades económicas, sociales y culturales causantes de la lucha del hombre contra el hombre, de la guerra permanente entre los miembros de la especie humana. Al carecer de auténtico valor humano para adoptar la conducta revolucionaria extrema que aconsejan las mismas circunstancias no se lanzan a realizar la experiencia social nueva,

la que intuyen posible en las situaciones vitales, decisivas, que viven. Prefieren ignorar lo intuido arredrados por los obstáculos a vencer y la magnitud de los acontecimientos que, por el contrario, deben, siempre, agigantar el «espíritu» revolucionario constructivo.

Los revolucionarios no hemos de engañarnos ni engañar a los demás. En medio de una Revolución Social todos los puestos son importantes, y en todos pelagra la vida física de los que actúan como revolucionarios insobornables. Cada uno ha de ocupar, pues, el lugar para el que tenemos **vocación**, **preparación** y el temperamento o **tendencia natural** adecuadas. Al menos ésta y la primera, y el mayor grado posible de la segunda. Sólo así podemos ser elementos verdaderamente eficaces, útiles y progresivos en el campo social. Y en éste al revolucionario íntegro —como al científico en el suyo— las intuiciones lo llevan a experimentar las más audaces ideas pedagógicas, sociales, económicas, etc., de carácter antiautoritario.

Decidida y definitivamente: ha de ser norma de conducta revolucionaria libertaria —forjada con el dolor de millones de experiencias terribles e innegables sufridas por congéneres de todos los países— que el salto intuitivo hacia lo totalmente nuevo se dé, sin vacilaciones, en todos los lugares que sea posible, cuando los revolucionarios contemos con suficientes fuerzas y lo reclamemos los semejantes que nos rodean que anhelan, en un momento dado, empezar a vivir en un mundo mejor. Cuantos fueran débiles, sin dejar de ser idealistas, algún día lamentarían —como lo lamentaron otros— no haber experimentado lo inédito que tuvieron al alcance de sus manos, lo que sólo puede conquistarse luchando, trabajando y experimentando apurando todas las posibilidades, aprovechando todas las situaciones sociales y psicológicas favorables.

Errores y fracasos «naturales» se cometen en cualquier actividad humana; pero superándolos sobre la marcha, adquiriendo más conocimientos y más experiencia es como se consigue el triunfo completo social, científico, filosófico, etc., pese a las oposiciones de todos los mezquinos intereses y de todas las fuerzas adversas a la Libertad y a la Equidad, a la Justicia Social.

Aprovechemos toda **duda** e **intuición** que tengamos par descubrir verdades y superarnos física, moral e intelectualmente. La razón humana, humanísima, las considera factores de valor inestimable que contribuyen al progreso general de la Humanidad.

Floreál Ocaña



Ciencia venenifica

HE boxeado más de una vez con las sabidurías y veneníferas o veneniferentes y veneniformes; es decir, portadoras, elaboradoras y eyaculatrices, a todo raudal, de mortales tóxicos. Venenificas las llamaron los latinos de la corintia falange, si no estuvieron comiendo barro en sus funerarias criptas.

Se escribe hoy derramadamente sobre inversinismo sexual. Pero nadie deshonra a las inteligencias invertidas; y que, como ramera, se dan revolcones padre y a toda dura máter, en cuantos lechos impuros convierten en un lodazal el arbitrario poder y el corruptor dinero. Cuando no hay Mesalinas más descocadas y procaces, al servicio de su padrote respectivo, que las que se aluden; ni Ninón, que mantenga a su hombre, más lustroso, bien cirado y cebado, que ellas, hasta cuando las comen y las cosen las pulgas.

De mocaral, en ronda por los quince abriles, me eché al colete el bloque de hormigón de «El hombre delincuente» de César Lombroso — o Lumbroso, judío de cepa española, sin duda —; criminalista más de cámara y lunfardo, que fluórico. Raro es el penalista, que no sea penable con todos los peines de su absurda carda; y el penitenciarista, a quien no haya que penitenciar, por sayón y tusón, con la jaula por lo menos, que él receta al prójimo. Exceptuemos a Dorado Montero, al áureo Arenas de doña Concha, a Salillas y a Beccaria. Y no sé si a Sales y Ferré, y a alguna otra abeja de terneras telitas, que también picó en esta flor. Pero ¿qué decir de Garofalo, de Colajanni, de Ferri, de Lombroso y otros Padres de la misma Iglesia? Pues que parece mentira que sean compatriotas de Pietro Gori y Malatesta, como mínimo. De la mala testa y del tiesto de Mussolini, me parece muy natural.

En « Los Anarquistas » se despachó el Sisara, más que César, del Derecho Penal italiano patanamente, contra las más nobles criaturas de su tiempo y de todas las Eras, sin excluir la del Mico y el mono darwiniano. Ricardo Mella ya desmontó el montaje del champurrador de la ciencia mucama de ricos, frotándole el bigote contra su propia diarreá. Y espanta que no lo haya hecho Italia misma, que tan originales cuños ha dado a la numismática

del pensamiento y de la acción, en la social revuelta. El Apenino se ha ganado mucho más respeto de las conciencias libres por Bruto, por Espartaco, por Rienzi, por Masanielo, por Giordano Bruno, por Campanella, por Savonarola y por Caserio, que por Lombroso.

Lombroso se autoenanza, subestimando escandalosamente al anarquismo y considerándolo, con mentalidad de pinche y lavador de escupideras lictorio, una epilepsia, un histerismo, una paranoia y una esquizofrenia; y, en sus portalábaros, poco menos que una hampa de la especie. Chisme este último de puesto de churros al aire libre, más que dictamen de sabiq, cuya vida no sea simplemente una historia de sueño, persecución de tobilleras, cigarro y bebidas de todos los colores del iris.

El distrófico y loco de herrar, digno de la camisa de fuerza y la ducha helada en pescuezo y riñones, es el que clasificando entre las ceneñestas de lance al idealismo más generoso y los arcos de más tensión flechando al Bien Sumo, se expresa con una irresponsabilidad manicomial de procónsul romano en Siria, de mikado blanco en el Japón, de verdel brasileiro o de senador negrófobo de Estados Unidos.

Había de informar la certidumbre a alguna de las truculencias que Lombroso recauda; y fuera menos sublevante que la ceguera con que el academismo oficialista, con dos

pataratas por lentes, enfoca lo humano heroico, confusionando adrede al miscuirlo con psicopatías y morales dolencias de cerebros de boira.

El calzorrón, que en bata de llamar a cagar moscas en su laboratorio, deja pasar impávido el disturbador torrente de las parrandas capitalistas y los mondongos estatales; y nos examina al microscopio, como a insectos o bacilos, a los que nos oponemos a esas farras, a érgias y hecatombes patrióticas, ¿qué número de años y un día de cadena temporal no se gana a pulso?

Lombroso mira a la Naturaleza con el ojo sin luz. Y, por eso, no le ve las jorobas con que la encameña el privilegio. Y como esa criminología criminal son la mayor parte de las fisosofulerías y de las teologastrologías.

Le vendieron sus hierofantes el anca al Estado y a Mommón. Y es natural que éstos beneficien cotos mineros tan bien vallados, verdaderas Jaujas del negrerismo y el esclavismo. ¡Eh, profesor! ¡Cómo te hiede a ratón ahogado en aceite de lámpara, esa pobre animula que exhalas por el aliento! Diríase que cuando tus pulmones funcionan, no respiras, sino que, dando escape al gas de tus quillificaciones de changador, des congestionas tus fondos y te drenas de auras por extraño fuelle.

SAMBLANCAT

«Héroes indios, la América toda
os saluda con himnos de amor,
y os ofrece por justo homenaje
roto el cetro del cruel español.
Y vosotros ¡oh, víctimas caras!
que el cadalso del yugo libró,
viendo el fruto de tal sacrificio
descansad en la eterna mansión.»

Canción nacional de Venezuela, por
José María Salazar

Locura

Nueva versión de poemas relgianos

TENEMOS a la vista una nueva versión de poemas de Eugen Relgis, realizada por Pablo R. Troise, el mismo que el año pasado nos entregara «En un lugar de los Andes», del mismo autor. Este pequeño gran libro: («Locura y siete antifábulas», 32 págs., editorial Humanidad, Montevideo, 1961), bajo el título original rumano de «Sonetele Nebunie», tuvo tres primeras versiones, una en Yassey en 1914, y dos en Bucarest, en 1915 y 1926. Tiempos viejos, pensarán algunos. Y es cierto: pareciera que al hacer mención de los años de la primera guerra mundial y siguientes, recordásemos épocas muertas en el confin de los siglos como algo que más tiene que ver con la mitología y lo inusitado que con unos cuantos decenios atrás. Y es que ha corrido tantísima sangre, dolores tan inmensos, calamidades tan inconcebibles, bajo todos los puentes de la tierra, desde entonces, que dan ganas de diferir dicha época hacia la prehistoria misma, con la loable intención de olvidar lo que en la humanidad jamás debió ser. Porque todo fue para el mundo una locura jamás imaginada desde entonces, dada la monumental destrucción y mortandad operada como consecuencia de las guerras de exterminio, primera y segunda que, estupefacta, la humanidad ha debido soportar como consecuencia directa del germen de la violencia expandido sin cesar por los grupos político-estatales-militaristas, sobre los cuales se ha pretendido y se pretende sostener a todo trance, el armatoste del capitalismo basado en el privilegio de castas, razas, camarillas y clases; capitalismo negativo que se intenta camuflar, para mejor defenderlo, con «modernos» nombres que sólo cambian de forma, pero no el fondo de los hechos. Así vemos que se defiende, en el nombre del bienestar y el progreso, un «socialismo de Estado», por ejemplo, que no pasa de ser sino capitalismo privilegiado, elevado el cubo, más reactio a la justicia, la igualdad y la libertad que ningún otro habido en la historia.

Este estado pletórico de locura que la guerra del 14 inició en los anales planetarios, tiene su réplica más verídica en el poema VII de esta versión relgiana. Veámoslo:

«Está solo...

Es el último guerrero.

Cuando anoche se hace

— por sobre el horizonte enrojecido —

más negra la silueta atormentada

del que está vencedor sobre la tierra.

»Mira alrededor suyo — con ojos apagados —

ejércitos pudriéndose olvidados,

las ruinas de ciudades derrumbadas,

y las últimas hordas de vencidos.

»Se estremece...

Y aprieta los ojos al jadear.

Huye...

Visiones lo espantan.

Se detiene.

Las sienes

le arden

y palpitan.

»Algo roe su mente,
y él levanta su frente desafiante,
y ríe con los brazos extendidos...

(«La guerra», pág. 11)

Es una respuesta, sí, del silencio de la vida verdadera que palpita y clamorosamente condena y ajusticia, von la nada solitaria, al último de los vencedores de la guerra que ha quedado allí, envuelto en su desesperante locura irrisoria, como un monstruo que se ríe de su propia horrible fealdad moral y física. Pero lo que siempre sorprende en Relgis es su potencia original, multiplicada al contacto con los efluvios apestosos de la realidad sanguinaria y colectiva de la guerra que presiente siempre amenazadora por encima de las fronteras, como plaga mortal y total, contra la que todo esfuerzo combativo es poco, no en el sentido del lema «guerra a la guerra», sino de la paz elevada a las más altas cúspides imaginables y en el último de los extremos a la paz totalitaria, como la que nos presenta en ese cuadro que acabamos de transcribir, dentro del cual no hay cabida para explicaciones, ni observaciones de ninguna especie, sino para la decisión cierta, en uno u otro sentido, positivo o negativo: del cual nadie puede evadirse, porque en último extremo, nada se vislumbra más allá, se han alcanzado todos los límites y no hay salida posible, sino hacia el abismo, las tinieblas y la locura sin limitaciones. El militar, el violento autoritario, se ve de tal manera pintado, con tan extremada violencia de colores desolados que sólo a los enfermos incurables les pueden restar ánimos para continuar sosteniendo la necesidad del asesinato colectivo (la guerra), como solución a cualquiera de los posibles presentes o futuros problemas que a la humana sociedad se le presenten. Aquí es el espíritu en la paz más supremamente lograda, el que lucha totalitariamente contra la guerra total, empezando por las guerras parciales, por el artificializado «instinto» de la lucha entre hermanos, tan de moda en la actualidad. Y si este fondo humano — casi perfectamente humano — se desprende de esta excelente versión relgiana, no sorprende menos la forma, que, los años, las tormentas, los gustos cambiantes, las tragedias y las cosas de verdadera y multitudinaria locura que al correr de unos cuantos decenios han debido sufrir y superar, no han conseguido destruir y el poema — tanto éste como

todos los contenidos en el libro — como acorde de primera magnitud, continúa resonando en los sentidos de todo cuerpo y mente sanos, mucho tiempo después de acabada su melódica y ascensional lectura emocionante. Es el arte, tomado de la mano, firme y seguramente, y avanzando imparable, en compañía de la sensibilidad purificada por el esfuerzo creador que mira hacia arriba y al frente, con la inagotable esperanza, alimentada sin cesar por el amor que anhela poderosamente por resplandecer como luminosa antorcha, elevada sobre el borde mismo de la sima troglodítica, la humana felicidad.

Las siete antifábulas necesitan ser meditadas detenidamente y todo lo que se diga sobre ellas será poco. Representan un conjunto coral de belleza inmarcesible que posiblemente nunca haya sido presentado, de una manera tan original y acabada, en todas sus partes. Son « cosas » de animales, hasta el primero: « Relatividad », de donde transcribimos la siguiente estrofa (pág. 19):

«Cual coraza de crabe gigantesco,
se le hinchó el pecho en rojos resplandores.
Y en las caderas — grupas de elefante —
se le quebró la piel en surcos hondos.»

Las siguientes antifábulas se titulan : « El Elefante », « El Cuervo », « El Hipopótamo », « Las Jirafas », « Los Gatos » y « El Lince », por cuyos títulos el lector se dará cuenta del más aproximado contenido. Pero estas « antifábulas » de animales, nada tienen que envidiar a las mejores fábulas conocidas y nos atrevemos a decir sin titubeo alguno que las supera en preciosura, en fuerza cabal, en vigoroso alcance humanizado, en amplitud tonal, en valor escueto y positivo, en actualización de viejos temas expuestos de la manera más sencilla, al mismo tiempo que con un toque de la mayor enjundia poética que, al terminar, deja siempre sabor a poco, no obstante ser este poco tan completamente satisfactorio, al extremo de saciar y hacer sentir la necesidad del reposo meditativo, tendiente a una irreprimible elevación espiritual de quien haya sabido sentir y compenetrarse con la esencia vital de los versos que con tanto tino, simpatía y profundidad de sentimiento, Pablo R. Troise nos vierte en el hermoso idioma de Cervantes. Como siempre, resulta difícil elegir, al presentar unas estrofas de Eugen Relgis al lector acucioso; pero veamos el ritmo monumental y sorprendente de esa antifábula sonora que lleva por título « El Hipopótamo » (pág. 26):

«Cuando el día africano
muere y se inflama todo el Occidente,
y se siente que brota entre las nubes
el nuevo anochecer;
Cuando rezan los súbditos apenas,
despacio, murmurando;
cuando la brisa fresca y el misterio
de los ennegrecidos mausoleos
a través del desierto
se empiezan a extender,
sobre el Nilo amarillo

una extraña visión se ve pasar:
como en los viejos cuentos,
un deforme y oscuro paquidermo
con su boca pesada, comba, hinchada,
parecería remar.

»Sobre su lomo estriado
una mujer soberbia está tendida
en plena lasitud,
con reflejos bronceados
en su cuerpo desnudo.
Sus cabellos largos
caen como un manto,
resbalando en las ondas apacibles.
En sus ojos refulge
la fuerza cruel y virgen,
y su sonrisa desconoce el vano
drama humano...

»Grave y orgulloso flota el hipopótamo,
porque sobre él lleva
a la diosa sin nombre
de la naturaleza
que una vez cada año ha de dejar
los profundos embrujos de la selva,
para escuchar
cómo la glorifican en el Luxor
los ecos del tam-tam...»

La sencillez de estos versos no puede ser mayor y su contenido, siempre humanizado, más digno de ser imitado por ciertos bardos que pretenden conducirnos por los escabrosos terrenos de lo insensibilizado, sin sentido, absurdo y decadente, sin pensar jamás, al parecer, en la suprema responsabilidad que le cabe al poeta, cada vez que toma la pluma para hacer de su expresión una obra de arte que no se engarce con las fuerzas de la retrogradación y que, por el contrario, se aúne y se afine, sensibilizada al máximo, con los otros instrumentos del progreso moral humano, siempre prestos a romper una lanza en favor de la belleza vitalizadora, la del espíritu sostenido por lo material dominado y empujado hacia arriba, el infinito luminoso que rompe todos los diques, cuando el valor ha destruido el miedo que los artificialismos interesados van acumulando, sobre cada una y todas las capas sociales de que se compone el actual conglomerado humano, desde la más basta y reseca, hasta la más purificada y reverberante en el espíritu de los justos y acráticos.

El espacio nos impide continuar analizando algunos otros aspectos de gran originalidad, contenidos en este libro de poemas de altura. Pero antes de poner punto final, nos es grato dejar una vez más constancia — ya dijimos más o menos lo mismo al ocuparnos de la versión de « En un lugar de Los Andes » — de la estrecha compenetración que entre Troise y Relgis, en el caso de estos poemas, se destaca, para bien de los lectores amantes de lo bello. Esperamos que esta unidad de sentimientos entre autor y traductor, se siga manteniendo, y, si posible fuera, amalgamando más aún, para que nuestro idioma se enriquezca, positivamente, con estas claras y edificantes versiones de los poemas de Eugen Relgis.

COSME PAULES

CERVANTINAS

EL cuento de Cervantes «Ganar amigos» cabe que esté inspirado en el suceso de Antonio Segura, hasta hoy no aclarado por ningún cervantista. Me fundo para decir esto en la trama «personal» que el cuento tiene (entre paréntesis, una joya), al extremo de ser el protagonista Miguel de Cervantes. Ocurre en Lisboa. Un embozado, de noche, empuja brutalmente a Miguel y éste viene al suelo. Súbito, enderézase y riñendo con el causante del atropello lo mata. Acelerada, vertiginosamente para todo. Envaina el vencedor la espada tinta en sangre y anda al azar con el ansia de ponerse a seguro. En una casa que parece de título entra. Doña Guiomar la dama que en ella habita, le recibe, oyendo el sincero relato de Miguel y su desmedido apuro. Algo le dicen las palabras atropelladas del hidalgo español a su corazón de madre. Como es, ante todo, mujer de prendas, se siente generosa con el extranjero, ocultándole en su propia morada, en un aposento de la sala misma donde la conversación se desliza. A poco, una sirviente trae la nueva de haber sido muerto en duelo el hijo de doña Guiomar y de la presencia de la justicia en la casa para registrarla, pues se han visto entrar en ella a un hombre, que debe ser el que buscan para llevarle preso. Escucha Miguel las manifestaciones de los cuadrilleros y las de la madre — alma grande transida de pena —, que hace honor a su palabra negando. Nada como el final de este cuento he leído grave y digna la madre, contrito y respetuoso el protagonista. Borradas las señales sangrientas de la espada, tras de recibir un más que regular puñado de oro, corre al puerto de Lisboa a embarcarse...

Si no esto mismo, algo parecido debió ocurrirle a *Zerbantes* — en sus tiempos la ortografía no obedecía a regas fjas — con Antonio Segura. Ya se sabe cómo disfrazaba los sucesos de su vida el autor del «Quijote». Curioso es lo que sobre el particular dice Asensio en «Cervantes y sus obras» «Cervantes, cuando se presentaba alguno de esos sucesos, los desfiguraba completamente, y basta para prueba recordar la historia del polaco en el capítulo sexto, libro tercero del «Persiles», en cuyo principio se encuentra narración del suceso de don Gaspar de Ezpeleta, pero con variaciones tales, que si el hecho no se supiera con todos los



por menores, se sospechase en él una alusión y se tomara la historia del polaco por autobiografía, se cometería el mayor de los errores». Morán no da detalles de lo que él llama «una falta de juventud», refiriéndose a Cervantes. He aquí, textualmente, lo que dice Henry Lyonnet en su libro «Les grandes vies aventureuses : Cervantès» : « Ici se pose un problème. Ce ne sera pas le dernier dans la vie compliquée de Cervantes. Vers le milieu du XIX siècle un fureteur découvrit dans les Archives de Simancas une pièce bien curieuse dont nous parlerons ici sous toutes réserves : c'est un ordre d'arrestation lancé à la suite d'un jugement par contumace, en date du 15 septembre 1569, contre un Miguel de *Cervantes*, condamné à dix ans d'exil et à avoir le poing coupe par blessures faites à Antonio de Sigura « andante en esa Corte », c'est-à-dire) un personnage suivant la Cour ou) un officier au service du souverain... »

Para cuando este hecho sucede, posiblemente estuviese concertado ya el viaje de Miguel a Roma como criado del cardenal Aquaviva. Cervantes tenía un protector en su maestro el P. López de Hoyos, a su vez protegido de don Diego de Espinosa, nada menos que presidente del Consejo de Castilla, inquisidor mayor, etc., etc., ¿Antes de partir Cervantes de Madrid acompañando al cardenal Julio Aquaviva tuvo el P. López de Hoyos conocimiento del suceso? La ilusión de Miguel a los 21 años, como la de

tantos otros jóvenes, se cifraba en ver mundo, máxime viniéndole estrecho familiar, en cuya casa la mo-hina contaba más que la harina. No menos influiría en el ánimo de Cervantes el miedo a la cárcel desde que su padre, por mal pagador, estuvo preso. Al ocurrir lo de Segura, el amigo de más confianza de los Cervantes era un tal Getino de Guzmán, alguacil menos presuntuoso que el guardia de Zaragoza apellidado Valiente y, por ende, menos chinche. Corría este modesto funcionario, Getino, con el ornato público en días señalados en que era obligado exornar las calles de la Villa y Corte con arcos y otras majestades igualmente llamativas, como ocurrió una de las veces a propósito del parto de la reina. « Probable es — dice Navarro Ledesma — que Miguel compusiera algunos de los versos que adornaron los arcos alzados en 1567 por el feliz alumbramiento de la reina; casi seguro que acompañó a Getino de Guzmán, su buen amigo, en todo el atareo de holgorios y diversiones oficiales con que andaba siempre afaenado ». Probable es también que Cervantes, a la hora de las expansiones, se decidiese a poner al alguacil en antecedentes de su lance con Antonio de Segura... siempre y cuando el suceso, por lo que a Cervantes atañe, no sea una fantasía. A Madrid volvió tras la cautividad, a los seis años o cosa así de ocurrir lo de Segura, tiempo en que ningún delito prescribe; y *Zerbantes* había sido condenado por rebeldía, por cierto bárbaramente. ¿Era este *Zerbantes* el Cervantes que viene de Cervayo, el autor del «Quijote», sí o no?

Juan Ruiz de Alarcón se inspiró en el cuento de Cervantes «Ganar amigos» para escribir una de sus mejores obras teatrales que lleva el mismo título. Por cierto que no son pocos los que han atribuido al autor de « Al desdén con el desdén » la segunda parte falsa del «Quijote» sacada a luz por un tal Avellaneda, siendo esto tan falso y estando tan fuera de lugar que cae por sí solo de su peso.

PUYOL

«Manchados de concusión
muchos se lavan ufanos
como Pilatos las manos
sin lavarse el corazón,
y al hacer la espoliación
se escudan con la ordenanza.
!Buena va la danza!»
F. Acuña

Evocación de Santiago Rusiñol en el «Cau Ferrat»

SANTIAGO RUSIÑOL, cuya personalidad representa toda una época, nació en Barcelona el día 25 de febrero de 1861, efemérides que fue debidamente celebrada en el ambiente cultural español y a la cual deseamos sumarnos, algo tardíamente, con estas disquisiciones dictadas en su memoria y homenaje. Este gran patriarca de las artes plásticas y de las letras catalanas e hispánicas perteneció a una generación gloriosa de hombres barbudos y jocosos, tales como Pompeyo Gener, Anglada Camarasa, Juan Maragall y Ramón Casas... por no citar más, los cuales, como mediterráneos de preclara estirpe, vestían sus trascendentales pensamientos con gayos y líricos ropajes ungidos por la sal ática.

Nacido en el medio profundamente burgués de los industriales catalanes del pasado siglo, en plena juventud se evadió del mismo para volar por el área espiritual de las artes. A más de una clara inteligencia y un ingenio agudísimo, poseía un gran corazón y un delicado temperamento de poeta. Fue pintor, novelista y dramaturgo de alcurnia y, además, el rey de la bohemia dorada de su época; sus andanzas por París y por los caminos de su Cataluña, en compañía de Casas y de Utrillo — triunvirato de la eutrapelia —, tripulando carros, tartanas o carromatos-roulotes, pueden llenar las páginas de más de un libro. Su porte era señorial, aunque nada efectado: la hermosa cabeza de Sileno con barbas floridas, tocábase con un chambergo peculiar y emergía de su boca la insoslayable pipa.

Este impenitente viajero ancló en las luminosas arenas de la villa de Sitges y, una vez en el ámbito de la impoluta, dióse a buscar una casa donde albergar sus recuerdos, sobre todo la espléndida colección de hierros forjados, recogidos afortunadamente en sus peregrinaciones vernáculas. Por fin halló una deshabitada, pero los vecinos dijéronle que era « propiedad de Nuestro Señor Jesucristo »; su buen sentido llevóle a la residencia del obispo de la diócesis, el cual se la vendió por la inverosímil cantidad de mil pesetas. Ya suya, adquirió también la casa contigua, y derribando unos tabiques, levantando otros, guiado por el buen gusto y por la extensa cultura que le

eran propios, construyó el « Cau Ferrat », ese palacete mediterráneo, museo de las artes decorativas catalanas, que es, en su conjunto, un monumento permanente a su creador.

Cuando por calles estrechas y blancas se llega a la plazoleta que precede a la entrada del Cau, nos inclinamos reverentes frente a la broncea cabeza del maestro que, sobre un elevado plinto, parece contemplarnos con su indulgente sonrisa y, al volvernos, descubrimos la fachada de la mansión, cuya albura contrasta con los dorados sillares de las ventanas ojivales que la enriquecen. Antes de penetrar en lo que hoy es un museo propiedad de la comunidad de Sitges, pensamos que fue la casa de Santiago Rusiñol y que todo cuanto guardan sus muros nos habla de sus gustos, de sus pensamientos y de sus amores.



Un arco apuntado y otro rebajado dividen el espacio de la planta baja en tres sectores; el último con balcones que dan al cielo y al mar, por donde, al abrir las vidrieras, llega el fragor de las olas que rompen en los cantiles donde se asenta la casa. Allí está el rincón íntimo, presidido por el piano, donde tantas veces reunióse con sus amigos para escuchar música, o la lectura de poemas u obras dramáticas...; el recoleto comedor de mobiliario popular, así como también la encalada y cenobítica alcoba, con su cama de madera pintada, barroca; las litografías rústicas y cornucopias dieciochescas por las paredes.

Sobre mesas y poyos, cántaros, aguamaniles, ánforas, « pichers », que lanzan policromos reflejos; los zócalos, forrados con azulejos catalanes, y los paneles cuajados de fotografías, dibujos, pinturas diversas y copias de Velázquez y de El Greco, sobre los cuales siguen destelleando los platos, cuencos, pilas de agua bendita, bacías y otros objetos cerámicos de Manises, Alcora, Talavera, Teruel... y de algunos estilos italianos, simétricamente ordenados junto a los frisos o las arquerías. Y, armonizando con los muebles robustos, de líneas sobrias y tradicionales, de índole popular, se ven, por doquier, la copiosa y selecta colección de hierros repujados y forjados, cruces, candiles, faroles, atriles, arañas, candelabros, braseros, aldabones, etcétera, etc. Si, a todo esto, sumamos las piezas procedentes de los yaci-

mientos arqueológicos de Ampurias y de Ibiza, tendremos una idea de los valiosos fondos de esta entidad.

La segunda planta es un vasto salón de traza gótica, dividido por un intercolumnio de arcos apuntados en partes desiguales, encima del cual se abre una serie de ventanas envidriadas; los muros, decorados con ornamentaciones « modernistas » pseudogóticas, contienen obras pictóricas de carácter vario. Señalemos, en primer lugar, los dos cuadros de El Greco: « Magdalena » y « Las lágrimas de San Pedro », adquiridos por don Santiago cuando el maestro candiota era poco más que desconocido en nuestro país, al principio del siglo actual, después de haber sido famoso en la XVI y XVII centurias. Estos cuadros fueron llevados al « Cau Ferrat » encabezando una procesión cívica que presidieron las autoridades locales de Sitges y el propio Rusiñol. Poco después elevóse un monumento a El Greco, patrocinado por Utrillo, Casas y aquél. No recordamos obras antiguas dignas de mención, aunque sí modernas: algunos dibujos de aquel imponderable ilustrador que se llamara Urrabieta Vierge; un bello estudio en grises del excepcional pintor impresionista Darío de Regoyos; dibujos de la primera época parisiense de Pablo Ruiz Picasso, tan relacionado con el arte de Toulouse Lautrec; ponturas de Ramón Pichot que recuerdan las de Picasso, de la época mencionada; otras de Mas y Fontdevila, excelente pintor desconocido en nuestras latitudes; varias de Pablo Uranga, gran pintor vizcaíno, ignorado en general, y un cuadro bastante grande de su paisano, el vigoroso Ignacio Zuloaga, titulado «La partición del vino», bien compuesto y pintado, con la técnica lisa y simple de su primera época.

Merece mención aparte el «Retrato de Suzane Valadon», pintado por Miguel Utrillo, aquel esuiritu superior que fue uno de los más grandes críticos de arte habidos en España. Dedicado a la ingeniería en sus mocedades, fue luego pintor, y un profundo conocedor de las artes plásticas; siempre inquieto, ávido de conocimientos y realizador de empresas estéticas memorables. No está de más señalar aquí el rasgo de alta espiritualidad y filantropía que significa el hecho de otorgar su apellido al hijo de la retratada, habido de otro ciudadano que rehusó cumplir con sus deberes: aquel niño fue Maurice Utrillo, el pintor de Montmartre más famoso en nuestros días.

Es importante la presencia de Ramón Casas en el « Cau Ferrat ». Un retrato de Rusiñol dibujado por aquél preside la casa: a sus pies, sobre una mesita y en copa de cristal, hay siempre frescas flores que aroman el aire en su memoria. Son por demás graciosas y dotados de esencias populares los dibujos con que don Ramón ilustrara « L'auca del signor Esteve », rusiñolesca, y no resulta menos divertida la gran caricatura, pintado al óleo por él mismo, en la que se ve a Rusiñol encaramado en una araña en hierro forjado que pende de un alto plafón. Entre sus obras de pintura destaca un desnudo de mujer, tendida en el suelo, en el cual Ramón Casas hace gala

de sus considerables dotes de dibujante, de exquisito colorista y de aquella técnica simple, algo plana y velazqueña, que le eleva sobre muchos de los maestros contemporáneos.

También, del mismo Santiago Rusiñol, pueden verse numerosas obras; entre ellas una copiosa colección de dibujos, realizados en muy diversos ambientes y parajes, y por los más variados procedimientos; éstos, por la seguridad de su línea y el concepto, recuerdan los de Ergar Degas, que es cuanto puede decirse sobre su excelencia. Extraña al visitante no ver casi ningún cuadro sobre el tema favorito de los jardines, pero en compensación puede conocer su personalidad como pintor de figuras y de composiciones. Vemos, por ejemplo, el retrato de F. Camps, el del maestro Nicolás y el de una niña, de ejecución libre y viril, color cálido, realista y de entonación justa; las composiciones que titula « Los morfinómanos » y « Casa de préstamos », dotadas de la intención social y moralizante característica de la época, por su técnica, cromatismo e intención espacial, se alinean, sin confundirse, con la producción de Ramón Casas. Pero la pintura del maestro del «Cau Ferrat» más impresionante es « El mistic », trascripto plástico, quizá de su obra dramática y que según se dice, está inspirada en la vocación del gran poeta Jacinto Verdaguer; representa este lienzo un joven religioso, dominado por el arrobamiento, a los pies de Cristo crucificado; está pintado con notable vigor y justeza cromática.

Existe en el Cau cierta obra singular, verdaderamente única, porque fue pintada con simultaneidad por Casas y Rusiñol, estando en ella representados los dos maestros, según explica el mismo don Santiago: « Primero me pintó él (Casas) a mí, pintándole a él; luego le pinté a él, pintándome a mí ». Y, efectivamente, allí están los dos, en la misma tela, instalados en sendas sillitas y en la calle de un pueblo, dedicados a su tarea. Lo más curioso es la gran unidad de estilo que presenta este testimonio emocional de una solidaridad y de una amistad fraterna entre aquellos dos grandes artistas.

Hubo un tiempo que cierto millonario norteamericano, mister Deering, quiso adquirir el «Cau Ferrat», siendo, como es presumible, infructuosas sus gestiones; entonces, guiado por los sabios y expertos consejos de Miguel Utrillo, construyó frente al Cau una suntuosa residencia que tituló « Mar i Cel » y, en su interior, instaló también otro museo, el cual pertenece también a la Comunidad de Sitges por cesión graciosa de su creador.

Transcurrieron los años del maestro Rusiñol, entregado a sus fecundas empresas literarias y pictóricas; los achaques acompañaron los días y fueron minando la salud mientras recorría los caminos de España para pintar los más bellos jardines. Había cumplido setenta años cuando llegó a Aranjuez en plena primavera; y, en los primeros días del mes de junio de 1931, pintaba en los jardines un paraje llamado « Florera de Primavera ».

Cuentan que, antes de iniciar la tarea, perma-

CARTAS AL AMIGO

ESTOY un tantico abrumado con tu última carta, lo confieso. Yo me había atrevido en una de las mías a hacer una cita de Proudhon, cosa que no acostumbro, y tú me replicas copiando párrafos largos y enteros de autores considerados como precursores del anarquismo. Estoy abrumado, te lo confieso. Y no por lo transcrito, a lo cual podría oponerle serios reparos, sino por tí, que me has dado la sensación de hallarte en el vacío, por lo cual te has visto obligado a agarrarte a cuantos salientes has encontrado en tu camino.

No, querido amigo, no hagas citas de autores en tus cartas si estas citas han de servir para reforzar tu pensamiento o para ahorrarte el trabajo de pensar. Como tú debes ser siempre tú, ese que tú puedes y debes ser no ahorra nada cuando le copia a otro lo que pensó, porque, al contrario, por no hacer funcionar tu cerebro, lo anquilosas, lo oxidas, puesto que le detienes y paralizas.

Escribir es parir, y no pare más que el que estuvo en estado de preñez, que es tanto como estar en plenitud. Tú debes esforzarte constantemente en mantenerlo pleno para poder dar a luz en cualquier momento un pensamiento tuyo, propio, nacido de tí mismo, amasado en tu propio cerebro, recibiendo el riego de tu propia sangre. Entonces ese pensamiento olerá a tí, llevará tu inconfundible sello, será tu obra además de ser tú transformado en belleza, no necesitando ser ya respaldado por ningún muerto, que quién sabe cómo pensaría si viviera ahora, ni por ningún vivo que mira a la humanidad con ojos diferentes a los tuyos. Dame, pues, cuando me escribas, tu pensamiento, ese pensamiento, creación tuya, que debe salir de tu laboratorio cerebral humedecido

necia sentado y absorto durante mucho tiempo contemplando el celaje, la fronda lozana y las flores de esmaltado color. Una mañana el caballete, con su lienzo, permaneció solitario, porque don Santiago no pudo abandonar el lecho. Habitaba en un modesto hotel de la villa de Aranjuez; la alcoba era vulgar, anodina, y la cama de las fabricadas en serie, sin estilo. Allí exhaló su último suspiro aquel sensible artista, asistido por el amor de su esposa, que pintaba también, y el filial afecto del mecánico que conducía el coche.

Fue el sábado, día 13 de junio del mencionado año. Pedro de Répide publicó, en esta ocasión, en las columnas de un diario madrileño de la mañana, las siguientes palabras, a guisa de epitafio: «Poeta, ha muerto cuando el fin de la Primavera hace estallar sus rosas en ofrenda vernal. Pintor de los mirtos, merece que una rama de ellos acaricie su frente, que ya tiene un frío de mármol y un resplandor de eternidad».

José MANAUT VIGLIETTI

con todas las savias que en tí circulan vivificándote, pensamiento que tú hayas forjado paciente y aun dolorosamente, que así se pare, llevando en su trama todas tus esencias: tu sonido, tu elegancia, tu alegría, tu exquisitez.

Los eruditos, amigo mío, son imitadores, copiadotes, seguidores, hombres que necesitan muletas para hacer funcionar su cerebro, seres que esperan que otros les hablen al oído, escolares que aprendieron la lección de memoria, y tú no puedes engrosar el círculo de la mera erudición porque tienes un magnífico cerebro capaz de producir pensamientos de luz. Cuando un hombre, o un pueblo, se vuelve erudito es porque se halla muerto para la creación, conformándose con rumiar lo viejo como si el pensamiento pretérito o muerto debiera gobernar o dar luz a los cerebros presentes o con vida.

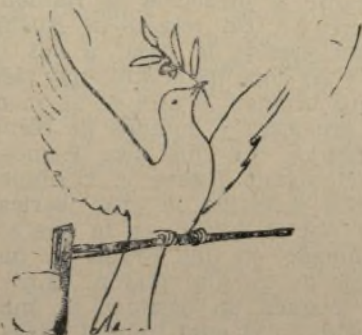
Los eruditos llegan a académicos, que es la suprema aspiración del que vive copiando; los creadores impulsan a la humanidad aunque en su casa no lleven bordadas las palmas reales con que los premió la estulta vanidad.

El erudito sólo busca la frase, que puede ser rellumbrona, no el hecho que es luz. Por eso vive de espaldas a la vida tratando de hallar entre los muertos la solución a problemas actuales que él no se halla capacitado para resolver. Los muertos, los que ya se fueron, perdieron cuanto tenían en el combate de la vida, y como el combate continúa cambiando constantemente de lugar y arrematando en fiereza, debemos ser los vivos los que resolvemos nuestra propia manera de vivir, no viviendo del legado que los muertos nos dejaron.

Por eso, mirar a nuestro alrededor para ver y sentir en nosotros el sufrimiento y la alegría de los hombres es más fecundo que escarbar en los textos para que nos digan nuestros abuelos cómo debemos secar las lágrimas de un niño que llora.

Perdóname que haya usado de una brusquedad no acostumbrada; pero es que yo deseo que seas tú, ¡siempre tú!, hasta cuando te equivocas al formular tu juicio.

MIGUEL JIMENEZ IGUALADA



España necesita...

Acción y cultura

CLAROSCURO en el espacio. Claridad al infinito. Lustre impreso. Perlado centro de maravilla. Esplendor bello y sutil, que se agranda. Chispear al fondo. Aurea de atracción. Luz viva y cnispeante, alta y siempre a lo lejos. Fuego sublime. Punto intenso, radiante y resplandeciente. Es la estrella, lo grato, la gracia que atiende y que sugestiona. Es el norte que anima, la fuerza que impele e informa voluntad y vida a las colectividades del progreso. Coraje, esfuerzo, sacrificio y renovación. Duro batallar el de los núcleos de avanzada, en las épocas idas, en todas las circunstancias, en accidente de dificultades. Lucha abnegada y encendida, desigual y entre vicisitudes, apelando, uniendo, reagrupando y sobreponiéndose, con tesón, fe y esperanza, ante los mil obstáculos opuestos, continua e inexorablemente, por los intereses creados y las potencias de la reacción. Los impedimentos e inconvenientes y la perseguida y atormentada obra de los poderes impelieron, en los momentos difíciles y amargos, y especialmente en los primeros tiempos, al estado y modo de las sociedades secretas. Esta particularidad, producto de la crueldad de las situaciones tomó vuelos y llegó a imprimir el sentido de la preferencia e inclinación limitativa, ora egolátrica, otrora más o menos excesiva y excluyente. Empero, como las debilidades y las defeciones son de todos los medios, el luchador abrió sus miras, en tanto siguió cultivando el espíritu noble de la afirmación ideal. Al último, en el Movimiento objetivista, de la idealidad inacabada e inacabable, del ideal más allá del ideal, la Juventud presenta un alto entusiasmo ideológico, un gran espíritu de amplitud y un fuerte afán proletario, prendas que le dan relieve, soltura y eficacia y que, en fin, la hacen enteramente simpática en la consideración general.

Las Juventudes Libertarias han mostrado una buena y digna predilección por los Ateneos enciclopédicos. Es natural. Los militantes avezados, tesoneros y aguerridos, obligados por las cuestiones sindicales y preocupados por los graves problemas de la vida y de las circunstancias, no emprendieron ni desarrollaron una organización a base de los Ateneos difusores y educativos. Es, no obstante, un edificio que se hace necesario levantar en toda situación orgánica de predios o círculos culturales.

Hubo un tiempo en que los idealistas notorios se consagraron a la fundación de escuelas modernas, raizmente racionalistas, en provecho particular de la infancia y de la juventud. En seguida,

muy presto, comprendieron que se hacía imprescindible un material propio y adecuado. Cuando los sistemas pedagógicos han progresado hasta adoptar el cinematógrafo, la imprenta, la fotografía y la radio, se hace necesario unir las posibilidades para más, de la edición de los buenos libros y de la adquisición del instrumental a propósito y acomodado al entretenimiento, a la atención, al estímulo y a la enseñanza racional. Si el Ateneo ha sido útil para la escuela, la organización de esta base se presenta lógicamente beneficiosa para los medios y materiales de la misma. Pero hay otra razón que abona al complemento orgánico de los Ateneos, la de los vehículos de la propaganda. Un semanario de exposición esencial apenas puede vivir de sus propios recursos. El precio de venta se halla extremadamente ajustado a su presupuesto de gastos. En cambio, la pequeña publicación es más afortunada materialmente y goza, por lo regular, del favor del público. Un folleto, como la simple novela, resulta, por lo común, en cuanto al papel, un periódico doblado. Si el periódico tiene cabeceras y títulos, el folleto tiene márgenes en sus páginas. La composición viene a ser de la misma cantidad. Sólo suele diferir por las cubiertas. Y por tal diferencia, triplica y más, su precio de venta. Es a esta clase de ediciones, siempre con coste de adquisición de cara a superávit, que generalmente se dedican algunos elementos. Esto hace pensar, a las veces y a algunas personas, en la leyenda bíblica de los mercaderes del templo. Sin embargo, tales menesteres de publicidad son buenos como contribución al saber y a la propaganda. Sólo desmerece, claro está, cuando concurre la circunstancia de una determinada influencia o trabajo por detener la publicación netamente orgánica, o bien porque interesa una semioficiosidad y el correspondiente anuncio en la prensa. La organización, con extensos propósitos, no debe limitarse al periódico, que si pobre de ingresos, es siempre un gran medio de publicidad. Quiere decirse, claro es, que ella puede emprender la edición del folleto, la revista y el libro, coordinando los aportes. Al menos ampliar en todo lo posible esta clase de propaganda. El cuerpo de organización es conveniente de cara al fomento de la superación del individuo, de manera que no pueda ser víctima de caudillajes y liderismos y de forma que se haga un buen militante y una personalidad inteligente y fuerte, completamente apta, delante de los problemas y de los azares de la lucha y de la vida. Y ella debe ser para decidir al simpatizante, para estimular el vigor de los jóvenes de ambos sexos, para relacionar afinidades para, en toda la medida, exten-

Cárceles de España

CARCEL DE TORRIJOS de Madrid. Frecuentemente, en la cámara de torturas el verdugo exageraba un poco. Los acusados volvían a la celda trastornados, la mirada convulsa, el cuerpo tumefacto, y desplomábanse sobre el suelo. Una noche, un hombre de 22 años regresó al calabozo completamente desecho. Había, simplemente, sufrido la prueba de la silla eléctrica y el verdugo, distraídamente, aplicó la corriente en su grado máximo. El supliciado moría loco dos semanas después.

La sola habilidad del régimen de la Cárcel Modelo de Barcelona consistía en la discreción frente a la muerte, el último paso hacia el «putridero». Los reclusos extranjeros apercebían a los condenados, seguían sus movimientos, recogían su última sonrisa, pero no les veían morir. El jergón y los residuos, montón informe en el umbral de la puerta, testimoniaban el crimen cometido. Sin duda Ramirez, el «brujo de ébano», el «hombre de las negras medianoche» se acomodaría los lentes para hacer el inventario de los objetos. Este era el signo humano acreditador de la catástrofe. Aparte esto, los condenados vivían, la mayor parte, sin esperanza, pero con verdadero encarnizamiento. Yo he conocido algunos de ellos que sabiendo apenas leer se ejercitaban desesperadamente en el conocimiento de las letras. Por la noche,

der y acrecentar los recursos de toda índole, las propuestas y las acciones positivas.

Así, cabe esperarse que los Ateneos Culturales Libertarios, de tipo local, se enlacen en Uniones Ateneístas (de comarca), con sus Comités Comarcales. Estas en Federaciones A. (de región), con sus respectivos Comités Regionales. Pero con el anejo de secciones por actividades parciales, y las comisiones correspondientes. Y éstas últimas con el broche de oro de una Confederación A. Ibérica, con su propio Comité Informativo. Mas el anexo de las Parciales Agrupaciones Instructiva, Juvenil, Práctica, Estudiantil, Técnica, Literaria, Artística, Deportiva y Sociológica, y sus Comisiones relacionadoras pertinentes. Hay mucho que puede hacerse. Y hay muchísimo por hacer.

De otro lado de consideraciones, a veces se habla de la organización de los sindicatos en el sentido de tomar en sus manos lo relativo a la producción. Por su parte, la organización de los ateneos libres, con los medios de la cultura, puede representar un factor importantísimo para que la comunidad entera brille y florezca en el camino del progreso, por las esencias ideales y por las galas de la civilización.

MIGUEL JIMENEZ

por Charles d'Ydevalle

durante el concierto, cuando todas las puertas permanecían abiertas haciendo posible la observancia de todos sus movimientos, yo contemplaba a uno, cada día, cómo leía en voz alta, articulando fuerte, las cejas fruncidas y cabeceando animadamente. Era un hombre joven, de buena estampa. El aprendía a leer, este niño grande, apasionadamente; de pie, apoyado en la pared, envuelto en un fajo de luz. Sólo disponía de unos días, de unas horas quizás. Rápido, él leía, él trataba de saber leer correctamente antes de cerrar los ojos para siempre.

Yo he visto a los condenados a muerte trabajar y divertirse, pero jamás los he visto llorar ni rezar. La misa del domingo era para ellos una obligación fastidiosa.

El clarín anunció la entrada del oficiante. Desde la puerta de mi celda yo asistía a la ceremonia de la misa, tal un aldeano contemplando una fiesta popular sirviéndose de unos gemelos. La orquesta ejecutó de pronto los himnos nacionales. El cura montó el altar precedido de dos prisioneros muy bien vestidos, usando cuello doblado y corbata, afectando un aire de honorables burgueses, cual mayordomos de parroquia. Esta escena sorprendía por su novedad. En ese mundo de andrajosos o de soldados de desecho, era curioso ver a dos ceremoniosos notables, usando americana negra y guantes de un gris sombrío. Ambos estaban condenados a treinta años de cárcel, lo que la asistencia encontraba unánimemente odioso.

Bruscamente en mitad de un himno la música se detuvo en seco. Al pie del altar el cura hizo un gran signo de la cruz, en tanto la campanilla se agitaba dulcemente. Ahí la orquesta ahora dejaba sentir unos pedazos de liturgia clásica que algunos presos extranjeros acompañaban con un murmullo de «Introito ad altare Dei».

Y era desolador ver cómo ni un solo español les imitaba...

Durante las horas de misa no se solían producir incidentes. Pero en cierta ocasión un condenado a muerte, pretextando estar indispuesto, consiguió permanecer en su celda. Cuando sus camaradas regresaron, después del «Bendicamos Dominus», lo encontraron muerto. Se había suicidado por estrangulación. Para ello tuvo necesidad de un coraje inaudito, puesto que los barrotes de la ventana habían sido quitados para impedir que los reos se ahorcaran...

tífica del mundo no es menos estética que la concepción falsa de los antiguos. La idea filosófica de la evolución universal es vecina de esta otra idea que constituye el fondo de la poesía: vida universal. El *firmamento* mismo no es ya firme e inmutable: se mueve, vive. En el infinito, en los cielos en apariencia inmóviles, suceden dramas análogos al drama de la vida sobre la superficie de nuestra globo. En el inmenso globo. En el inmenso bosque de los astros, dice el astrónomo Jan- sen, se encuentra la bellota que germina, el árbol adulto, o la traza negra que deja la vieja encina. Las estrellas tienen su edad; las blancas y las azules, como Sirio, son jóvenes, en pleno resplandor y en plena fusión; las rojizas, Arturo o Antares, son vie-

jas, en camino de extinguirse, como una forja que del blanco pasa al rojo. La evolución está en el infinito. Al mostrárnosla en todas partes, la ciencia no hace sino reemplazar la belleza relativa de las antiguas concepciones por una belleza nueva, más aproximada a la verdad final, a lo que los astrónomos llaman el ciclo absoluto. Pero es sobre todo en la filosofía donde hay siempre un fondo poético, precisamente porque permanece siempre fuera del alcance de la ciencia: el misterio eterno y universal, que reaparece siempre al fin, envolviendo nuestra pequeña luz de su noche. La conciencia de nuestra ignorancia, que es uno de los resultados de la filosofía más alta, será siempre uno de los sentimientos inspiradores de la poesía.

★

Según Núñez de Arce

LA poesía es seguramente la más alta revelación del arte y sin embargo es más pobre y menos libre en sus manifestaciones externas. Aventura a la escultura en la severidad y firmeza de las líneas; la pintura, en la expresión y colorido; la música en la armonía y vaguedad del sentimiento; pero en cambio supera a todas en elevación, amplitud y sublimidad de concepciones. El pensamiento humano, más o menos cohibido en las demás artes, tiende sus alas con holgura en los espacios infinitos de la poesía: no se siente encadenado por la piedra, el lienzo ni el sonido. Cuando, desconociendo su potencia intelectual y creadora se cui-

da más de la forma que del fondo, y pretende competir con sus hermanas en la belleza plástica y armónica, la poesía desfallece y decae por que no dispone del instrumento musical, la materia se le escapa de entre las manos: quiere sujetarla y abraza el vacío. La poesía, para ser grande y apreciada debe sentir y pensar; reflejar las ideas y pasiones, dolores y alegrías de la sociedad en que vive; no cantar como el pájaro en la selva extraña a cuanto le rodea y siempre lo mismo. Es preciso que remueva los efectos más íntimos del alma humana, como el arado, que remueve la tierra: abriendo surcos.

va minando los campos intelectuales, y no por condición humana, por ternura, por emotividad propiamente, como es patrimonio del arte, sino por lo transitorio, pasajero y vano que es el denominador común de una época que tiende a subyugar al hombre a la producción industrial. Ese arte, que con ser real, no alcanza a llenar los claros de eternidad a que debe aspirar toda obra, resulta negativo porque en él desaparece la persona entre los engranajes de la economía y la producción.

Menoscabado el artista en sus creaciones, arrastrado por las corrientes temporales del momento, abre una pausa en la literatura americana con grave perjuicio para el futuro de las especulaciones intelectuales. Porque no es el artista quien se sobreponga al ambiente sino viceversa; los personajes no se elevan sobre el nivel ordinario de la vida cotidiana. Por el contrario, se convierten en un producto dúctil y acomodado a tales circunstancias; no pueden escapar a esa influencia de sometimiento frente al mundo monstruoso de la producción en masa ni al vasallaje de una propaganda ordinariamente preparada y distribuida en envase de lata. La literatura, entendida de ese modo, conspira contra el arte porque reniega de la figura humana. Y lo que importa en nuestros tiempos, no es la continuidad, paso a paso, al mismo ritmo de los acontecimientos, sino la creación de tipos, de personas vivientes que trasciendan de la obra artística, que salten de las páginas del libro, del poema o del cuadro para enfrentar la situación. Si la decadencia humana llega a tal extremo por vía de la industrialización que el maquinismo acelera, el arte tiene el deber de crear personajes adecuados, por su vigor y reciedumbre, a los tiempos futuros.

Es aquí donde el artista encuentra su verdadera liberación. Si la vida real se somete, víctima de esa fuerza, la ideal no debe renunciar jamás a su misión específica. El hombre que no se ha agotado, necesita encontrar su propia representación. La dictadura, que presiona políticamente, anula el arte cuando éste no responde a su cometido. Y la persona humana necesita encontrarse representada siquiera en el mundo espiritual; quiere palpase a sí misma, demostrar que no ha muerto, que tiene fe, que cree en el futuro en la bondad, en el bien, en la eternidad. Está huérfana de ternura, de sana emoción. Quiere reventar en lágrimas, a solas, lejos del ojo profano, encerrándose dentro de su armadura que es el pensamiento. No quiere continuar sometida a la dura ley del hierro, sino expandirse, abrir el corazón a sus hermanos, víctimas del mismo terror que impone el materialismo del cálculo, del interés, de la conveniencia. Quiere observar los relieves morales sobresalientes

de la figura ideal para convencerse de que no es éste el mundo soñado que aspiraría a vivir; convencerse de que después de esto nos espera una primavera eterna, y con esa ilusión llevar adelante los proyectos más audaces, levantar su bandera de combate, pronunciar su mensaje que los siglos no le han permitido; conquistar su propia libertad.

Y esta labor de responsabilidad, de identificación con el hombre. Si alguien tiene una palabra que pronunciar, un concepto que eternizar, un pensamiento que inmortalizar, es el artista. El tiene en sus manos los medios necesarios para responder al llamado del destino y hacerse presente. Cuando su ideal se coloca por encima de las pasiones ordinarias y bastardos instintos, puede realizar su obra de permanencia. La época, el medio, las circunstancias son pasajeras, mero accidentes en la existencia. Pero estos fenómenos sacuden el andamiaje moral de las naciones y las civilizaciones. La ciencia, con sus elementos de comprobación, observa y pasa. Apenas si deja constancia del acto realizado. El artista es responsable de su presencia ante la historia. Su propio arte le confiere facultades que no al científico. Su deber es crear y redimir por medio de sentimientos, de emociones inmaculadas, que sólo él puede traducir en labor fecunda.

El porvenir nos emplaza a una labor de contornos universales. Ante el debilitamiento moral provocado por esta catástrofe, necesitamos una reacción vigorizante que nos sobrecoja y en la cual refugiarse. Exiliados a un ambiente de hostilidad, es preciso ofrecer combate a ese destino cruel que invade al mundo de mezquinas pasiones. Tendremos que reconstruirnos, ofreciendo valores positivos, seguros, para que la humanidad crea en nosotros, que no olvide su propio derrotero y confíe. De almas atormentadas están sembrados todos los caminos; de dolor, todas las encrucijadas. Si es la vida que nos presenta ese destino tan despiadado, renunciemos al pesimismo y que sea el dolor quien nos redima.

Nuestra generación tiene por delante un gran camino por recorrer. Hasta aquí llegó auscultando, observando. En adelante le corresponderá construir sobre terreno firme. Ningún problema social o estético olvidamos. Obligada a desenvolverse dentro de un marco colectivo, que cada día reduce a mayor pequeñez la corteza terrestre y complica la existencia del hombre, tendrá que forjar la existencia idealizada del hombre en sus héroes, en la paz, la justicia y la libertad. No podrá detenerse en creaciones de tipo ordinario porque el mundo avanza. Y si en rigor de verdad el gran conglomerado humano bien poco se distingue de los que nos han precedido, los horizontes se ensanchan a los ojos de la

De la poesía y de los poetas

Según Guyau

La ciencia se compone de un número definido de ideas, que el entendimiento capta por entero; marca un triunfo y un reposo de la inteligencia; la poesía, al contrario, nace de la evocación de una multitud de ideas y de sentimientos que atormentan el espíritu y no pueden ser captados a la vez; es una sugestión, una excitación perpetua. La poesía es la mirada lanzada al fondo brumoso e infinito de las cosas. Nuestros sabios son semejantes a los mineros en la profundidad de los pozos; sólo lo que les rodea inmediatamente está alumbrado; después de la oscuridad, lo desconocido. No tener en cuenta sino el estrecho círculo luminoso en el cual nos movemos, querer limitar a él nuestra vista sin acordarnos de la inmensidad que nos escapa, sería soplar nosotros mismos sobre la llama temblorosa de la lámpara del minero. La poesía aumenta la ciencia con todo lo que ésta ignora. Nuestro espíritu viene a reemplazarse en la noción de infinito, a tomar en ella fuerza e ímpetu, como las raíces del árbol se hunden cada vez más adelante bajo tierra, para sacar de ella la savia que extenderá y lanzará las ramas en el aire libre, bajo el cielo profundo. Un teorema de astronomía nos da una satisfacción intelectual, pero la vista del cielo infinito excita en nos-

otros una especie de inquietud vaga, un deseo no saciado de saber, que constituye la poesía del cielo. Los sabios tratan siempre de satisfacerse, de responder a nuestras interrogaciones, mientras que el poeta nos encanta con la interrogación misma. Haber encontrado por el razonamiento o la experiencia; he ahí la ciencia; sentir o presentir, con ayuda de la imaginación, es la más alta poesía. La ciencia y sobre todo la filosofía permanecerán, pues, siempre, poéticas, primero por el sentimiento de las grandes cosas conocidas, de los grandes horizontes abiertos, después por el presentimiento de las cosas más grandes aún que quedan desconocidas, de los horizontes infinitos que no dejan entrever sino sus comienzos en una semioscuridad. Además, las inspiraciones ventadas de la ciencia y de la filosofía son a la vez siempre antiguas y siempre renovadas. De siglo en siglo, en efecto, el aspecto del mundo cambia para los hombres; y recorriendo el ciclo de la vida, les sucede lo que sucede a los viajeros recorriendo los grandes circuitos terrestres: ven levantarse sobre sus cabezas astros nuevos que desaparecen en seguida para ellos, y solamente al término del viaje podrán esperar conocer toda la diversidad del cielo.

La concepción moderna y cien-

inteligencia. Nuestros poetas y escritores tendrán que tomar sus figuras de la representación de este siglo renaciente, con sus batallas trascendentales que prenden fuego en la historia, como promesa del ancho porvenir que nos espera. Siguiendo el derrotero que nos guió hasta el presente, animados por los ideales altruistas de la edad contemporánea, podremos encauzar la manumisión de la persona humana, eternamente dolorida, cuyo martirio está concretado en el hervor de cuatro milenios de cultura.

De todos los extremos del mundo, los hombres ponen los ojos en nosotros. Las viejas culturas, con su pasado de penurias, esperan algo más que la continuidad sin interrupción de los pueblos jóvenes en la obra constructiva de la civilización humana. América, que en sus contiendas para labrar una personalidad ha inclinado siempre su conducta hacia un mejoramiento espiritual sobrepuesto al convencionalismo, encuentra hoy, en esta posición de conducta, la posibilidad de enfrentarse con el futuro. Pueblos vigorosos, que no fueron aplastados por la pesadumbre de los prejuicios, sin conflictos de razas o religiones, pueden enarbolar la bandera del altruismo, cantar la victoria del hombre, producto del genio dulcificado, con bravura de volcanes, en este momento histórico que ilumina la figura de la libertad.

Situada América en el camino de las grandes sorpresas, tiene en sus pinceles, en la narración y en la lírica, una fuerza pujante y auténtica, para immortalizar construcciones de ciudades con levantamiento de multitudes; eternizar amores en la fresca matinal de tiernas pastorales, con acentos bucólicos en la gracia con que se expresaron los más grandes poetas de todos los tiempos; ensalzando las rutas de nuevos destinos, con armónica y solemne alabanza por la grandeza y la gloria. Y para ello pondrá arrestos de fe profunda, creando imágenes de pulimento sublimado, con brillo y relieves arrancados de la espontaneidad, que surgirán sencillas de la inspiración. El acervo cultural que otras generaciones depositaron a nuestro cuidado, reclama esa superación, no por egoísmo, sino por natural emulación de lo magnífico y genial. Una literatura y poesía tan íntimamente unida al destino del individuo, acicatea por esa comprensión del artista que modela el mundo como supremo artifice. Un paisaje de bondad, enternecido por la creación artística y un concepto de los valores humanos en su faz moralizadora, estimulan el renacimiento de una nueva civilización, precursora de todas las esperanzas, el himno de alabanza, como homenaje al hombre, su ancho producido inmortal, que el mundo del futuro hará más grande y estéticamente perfecto.

LA COLERA QUE QUIEBRA

César Vallejo

La cólera que quiebra al hombre en niño
que quiebra al niño, en pájaros iguales,
y al pájaro, después, en huevecillos;
la cólera del pobre
tiene un aceite contra dos vinagres.

La cólera que al árbol quiebra en hojas,
a la hoja en botones desiguales
y al botón, en ranuras telescópicas;
la cólera del pobre
tiene dos ríos contra muchos mares.

La cólera que quiebra el bien en dudas,
y la duda, en tres arcos semejantes
y al arco, luego, en tumbas imprevistas;
la cólera del pobre
tiene un acero contra dos puñales.

La cólera que quiebra el alma en cuerpos,
al cuerpo en órganos desemejantes
y al órgano, en octavos pensamientos;
la cólera del pobre
tiene un fuego central contra dos cráteres.

OTROS TRABAJOS DEL AUTOR

El Mundo Agonizante (Crítica). Ediciones Rosso, Buenos Aires (agotado).

Humillados (Cuentos). Ediciones Samet, Buenos Aires (agotado).

¡También América! (Crítica). Ediciones Luz y Libertad, Buenos Aires.

El Destino Social del Arte (Crítica). Cuadernos de Cultura, Madrid.

Democracia (Novela). Ediciones de la «Novela Ideal», Barcelona.

Lamento de la Tierra Encuadrada (Epopeya). Barcelona.

Antología de Pensamientos de González Prada. Ediciones Arco Iris, Buenos Aires. Ediciones Tierra y Libertad, París.

36 Poemas de Autores Brasileños Contemporáneos (Antología). Ediciones de la Revista Iberoamericana, México.

Misión en América en cuanto al porvenir de la Libertad en el Mundo. Ediciones de la Revista Iberoamericana, México.

Milicias de la Aurora (Poemas). Ediciones Arco Iris, Buenos Aires.

Pasión y Poesía (Ensayos). Editorial Claridad, Buenos Aires.

Radiografía cordial de América (Ensayos). Ediciones de la Cátedra Lisandro de la Torre, Buenos Aires.

Konda de la luna (Fantasía romancesca). Etyl, México.

BUSCANDO RAICES

por Alberto CARSI

La Historia es la perspectiva de la realidad pasada y la interrogante de la verdad del porvenir. Atrayente es el pensar sobre el futuro porque es en la Humanidad lo que la vista en el individuo; pero es más sugestiva, y sobre todo, más aleccionadora la Historia, punto de apoyo indispensable para dirigir la puntería de nuestras acciones individuales y colectivas. Es, en realidad, nuestra brújula.

Me entretenía yo recordando en la parte Biográfica, Geográfica e Histórica del Diccionario, los personajes más destacados de la antigüedad, especialmente los anteriores a nuestra Era, que fueron los que inspiraron, y algunos dirigieron, los acontecimientos de aquella época, de la que nos separan de 20 a 30 siglos, por lo que algunos suponen desconexión del presente. Y he reforzado mi convicción de que en la obra moral de la Historia nada se olvida ni se pierde, igual, exactamente, que en la obra material de la Naturaleza, que todo se eslabona y se combina de modo perfecto, sin olvidarse ni perderse elemento alguno que pueda significar una fuerza de evolución de Progreso.

El conocimiento de los caracteres de las épocas, encarnados en los hombres eminentes, podemos compararlo a la observación de las montañas, que son eminencias también; he aquí la semejanza de la Historia con la Orografía, en las que, a primera vista, no vemos más que los vértices sobresalientes, las porciones de Humanidad o las porciones de terreno que se elevan como columnas en medio de la generalidad, señalando el espacio, y tratando de alcanzarlo con su esfuerzo.

Vamos a mencionar algunas de estas cumbres ejemplares para ver si en ellas encontramos las raíces de nuestra propia filosofía.

Solón

Es el nombre más antiguo que cita nuestro Diccionario, digno de figurar en los trabajos de tesis conciliadora y progresiva, y además, porque su actuación nos demuestra el estado de las civilizaciones de aquel tiempo, muy parecidas a las actuales, sin duda alguna. Solón vivió 640 años antes de Cristo; fué legislador de Atenas y uno de los famosos «Siete sabios de Grecia». El levantó el espíritu de los atenienses, aligeró las cargas de los ciudadanos pobres, restableció la armonía de la ciudad, a la cual dió además una Constitución de acuerdo con la Libertad y el Derecho. Lo cual dice bien claro que hace 27 siglos ya existían las tiranías y los abusos de poder, y hombres como Solón, que ya hacían esfuerzos por el bienestar del Pueblo.

Esopo

No bien determinada la época ni concretada la personalidad de Esopo, si bien fijando algunos su existencia entre los siglos VII y VI antes de nuestra Era, es decir, contemporáneo de Solón, aparece este nombre, diciéndose que era un esclavo y hasta se cita el nombre de su amo: Xanthos. El hecho es que con Esopo nacen una Literatura y una Filosofía nuevas; las de la fina ironía aleccionadoras en observación, en moral y en sentido progresivo. El espíritu de Esopo encontró eco en todas las épocas siguientes; en nuestra anterior generación fueron Espronceda, Larra y Goya, entre otros, los cultivadores de su singular estilo. La ejemplaridad de las fábulas y las anécdotas de las lenguas que, según él, es lo mejor y lo peor a la vez, de todo lo que se vende en el mercado por ser lo que más bien y más mal producen, según el uso que se hace de ellas, bastan para elevarle a la inmortalidad inscrito en las filas del Liberalismo y el Progreso.

Sócrates

Ilustre filósofo griego nacido en 468 (a.d.n.e.) condenado a beber la cicuta en 399, lo que evidenciaba su oposición al régimen imperante. No escribió libros; su método de enseñanza o dialéctica era la forma oral, de conversación y discusión. Su Filosofía, que nos es conocida por otros autores que se refirieron a ella, combatía con gran acritud la sofística y la falsa retórica, yendo directamente a la Verdad. Fue acusado de impiedad y condenado a muerte, como pago de haber sido el creador de la Ciencia Moral y haber combatido la maldad y el error.

Diógenes

Diógenes y Arquímedes, los dos de la Antigüedad, pero no contemporáneos, pues median entre los nacimientos de ambos 126 años, han sido, sin duda, los dos hombres más extraordinarios de la Historia. Diógenes es del año 413 (a.d.n.e.) y Arquímedes del 287. Sólo los diferenciaba que el primero fue filósofo y el segundo científico. A Diógenes le añadieron el sobrenombre de Cínico, que ya sabeis lo que significa; pues bien, a él se lo aplicaban porque decía las verdades. Vivía pobremente, y vestía más pobremente todavía, lo que le daba una independencia absoluta y un motivo de desprecio completo de todas las conveniencias sociales. Los cuatro hechos concretos siguientes pueden ser ejemplo de su carácter y de enseñanza de vacilantes: Un Príncipe lo ve sentado en la calle y le dice, para darse aires de protector de los sabios pobres: «Diógenes, ¿deseas alguna cosa de mí? ¿Quieres que haga algo en tu favor? «Sí — le con-

testa — que te apartes y no me tapes el sol, que también es mío». Otro día vió a un niño que bebía agua en una fuente, sirviéndose, como vaso, del hueco de su mano. Y Diógenes dijo: «Este niño me enseña que yo conservo algo superfluo todavía»; y rompió, estrellándola contra el suelo, la escudilla de que se servía hasta entonces para beber. Actitud que ha dado tema a los tres grandes pintores, Poussin, Rosa y Dujardin, para realizar sendas obras famosas. El fue el inventor, con la acción, del axioma de que «el movimiento se demuestra andando», y coronó su sagacidad y su ironía, hijas de la práctica de la vida, yendo por las calles de Atenas en pleno día, con una linterna encendida, y a las jocosas preguntas de sus detractores, contestó secamente: «Busco un hombre».

Lo que los necios han juzgado de extravagancia, fueron demostraciones de un carácter férreo y principios ejemplares de la más elevada moral.

Aristóteles

Este célebre filósofo fue el fundador de la Escuela llamada Peripatética, que consiste en enseñar paseando, procedimiento que él empleaba y con el que tan buenos resultados se obtienen siempre. Su sistema filosófico nos muestra toda la Naturaleza como un inmenso esfuerzo de la materia bruta para elevarse, a lo que él llamaba «el acto puro», es decir, el pensamiento y la inteligencia. Sus luces naturales y su cultura fueron inmensas, habiendo producido gran número de Tratados de Lógica, de Historia Natural, de Física, etc., cuyo valor ha sido constatado a medida del avance de las ciencias modernas. Aristóteles ha sido uno de los faros que han iluminado el camino del Progreso de esta Humanidad distraída y perezosa, en comparación de la atención y actividad desplegadas por este sublime maestro.

Epicuro (341 a.d.n.e.)

Filósofo griego cotinuador de la Doctrina de Demócrito, enseñando, por tanto, que el placer es el bien supremo del hombre y que todos nuestros esfuerzos deben dirigirse a obtenerlo. Pero no, en las complacencias groseras de los sentidos, sino en la cultura del espíritu y en la práctica de la virtud. Una falsa interpretación o una maldad, ha difundido un concepto erróneo de la palabra Epicuro, lo que hace creer que todos los moralistas tienen enemigos interesados en que el mal se propague y la corrupción se extienda. Es por este aspecto que resulta tan interesante el caso de Epicuro, por desgracia, no único en la Historia.

Demóstenes (322 a.d.n.e.)

Este ateniense fue el más ilustre de los oradores griegos, denominado «El príncipe de la palabra y dueño de su propia voluntad». Su principal preocupación fue la defensa de la libertad de su país y su enaltecimiento, pero la reacción le opuso tantas trabas, que se suicidó envenenándose en

un momento de desesperación por las múltiples contrariedades y desengaños recibidos. El nombre de Demóstenes equivale al de la tenacidad por el propio perfeccionamiento, al de modelo de abnegación para servir su noble causa. Todos sabéis cómo consiguió el desarrollo de su pecho, el timbre de su voz, la resistencia para los largos períodos: perorando en la playa, frente al mar embravecido, dominando el fragor de las olas, para dominar luego el estruendo de las asambleas. Con la boca llena de piedras consigue una dicción clara y potente. Su estilo es un modelo de guerra irresistible, de simplicidad encantadora y de concesión lapidaria. Sus discursos, se ha dicho, deberían escribirse con letras de oro, y su culto a la Razón y a la Justicia grabarse sobre el pórtico de todas las escuelas.

Espartaco (71 a.d.n.e.)

Esta relevante figura de la antigüedad griega era un esclavo como Esopo, pero no llegó a verse liberado como este gran fabulista, sino que murió en la lucha por la liberación de todos sus iguales. Había nacido en Tracia, antigua región de Macedonia, y sostuvo durante dos años una lucha formidable contra las legiones romanas, capitaneando los esclavos levantados contra la opresión, los que, al perder el jefe, abandonaron la lucha, siendo entonces masacrados bárbaramente.

En el jardín de las Tullerías de París existe una estatua en mármol, obra del escultor Foyatier, inmortalizando la figura heroica de Espartaco, la moral cuya obra es evidente: dar la vida por el bien de los demás, y en este caso ni siquiera por un bien inmediato, sino por un bien traído con el tiempo, por la evolución de la semilla sembrada, al observar la Humanidad serenamente, que era semilla de Razón, de Justicia y de Derecho Humano indiscutible.

★

Ante las enérgicas estampas que anteceden, esos enérgicos aguafuertes que han resistido el paso de los siglos conservando la integridad de su vigor, hay para quedar sorprendidos. Más de 20 siglos nos separan de Espartaco, y cerca de 27 de Solón, que para la fugaz vida del hombre son eternidades. En los 20 siglos siguientes hasta nosotros, han existido miles de pensadores, de apóstoles del bien, de humanistas; ejércitos de hombres de buena voluntad, y sin embargo, los problemas son los mismos, si bien complicados y agravados ante el rodar de los tiempos que enconan y envenenan cada vez más las relaciones entre los hombres.

Es evidente, pues, que no están en el terreno que acabamos de explorar, las raíces de los males humanos. Además, hemos consultado también todas las Historias detalladas: Civilizaciones, Ciencias, Artes, Política, Religiones, etc., y hemos podido constatar la enormidad de esfuerzos, abnegaciones y sacrificios; de virtudes y altruismos, de amor, que se han vertido en el cielo humano para conseguir la soñada armonía, y hemos de repe-

tir con dolor, que los problemas de desavenencias son los mismos.

Y si para curar un mal hay que conocer sus orígenes, sus causas fundamentales y sus antecedentes, vemos claro que no es en el terreno de la Historia en el que hemos de encontrar las causas de los nuestros. Las raíces de las plantas de los venenos que lamentamos. ¿Estarán secretamente incrustados en la Prehistoria? ¿Serán acaso parte de la Paleontología? ¿Estarán más profundas de lo que podamos suponer con los conocimientos actuales?

En este momento recuerdo un título insignificante de una obra del portentoso escritor americano Jack London, que dice: «La llamada de la selva». Y me pregunto a mí mismo: ¿Es en la selva, en la caverna o en la estepa y el pantano anteriores a ellas, donde encontraremos las raíces de nuestras desventuras?... Estas cuatro preguntas podrían constituir los temas de estudios de gran interés y actualidad para estas beneméritas páginas, que, al menos, servirían de momentáneo consuelo y resignada conformación. Pero como no es lo más conveniente el conformarse ante la malicia, sino que lo bueno es no conformarse, y buscar el remedio, debemos convenir en que lo nece-

sario es encontrar una nueva brújula que guíe a la Humanidad por nuevos derroteros, pues la brújula vieja adolece, como lo vemos demostrado por la experiencia, de tremendos defectos y no sirve para sacarnos del atolladero, del cráter lóbrego, en cuyo cieno están los hombres cada vez más hundidos y más desesperados. Hay que encontrar las raíces de nuestros males y desinfectarlas, y sobre su pureza fundar una moral nueva que cure las llagas malignas que ese brutal ancestralismo nos produce.

Ante esa humanitaria labor se levantarían murallas, al parecer, infranqueables, pero no es aventurado pensar que habrían de rendirse ante la evidencia y someterse a la voluntad férrea y decidida de los Pueblos.

El dolor universal no puede eternizarse, salvo que se acuerde representar todas las noches en todos los teatros del mundo una obra española, que sería el colmo de la desfachatez y el reto más cruento; bien la conoceis esta obra, ahí está, bien sencilla e inocentita que es. ¿Quereis su título?... « Los intereses creados ». Escrita por un pingüino, pero que está bien: Sirve."

ALBERTO CARSI



La verdad según Abarrategui

LA verdad está por encima de su propio nombre: no se vende a quien la adula, sino a quien la vive; esquivada con matemática precisión todo movimiento humano que no la define en el gesto, en la actitud, como ley inmutable, propicia al hombre que la ajusta a sus pasos.

La verdad se nos escapa, enemistada, cuando tratamos de insinuarlo ante la forma que le damos a su nombre, en imágenes de barro o en teorías religiosas, no hacemos otra cosa que justificar vanamente, con su ausencia, nuestro error. Entonces ronda la confusión en torno nuestro.

En un acto de Verdad hay siempre un sacrificio ajeno, aunque sea el de la cruz, es una ponzoñosa mentira propicia a las religiones.

La eternidad de la Verdad se especifica en calidad más que en el tiempo; pero el tiempo le da, con su angusta medida, la razón de su fruto.

Quien diga que ama a la Verdad, que se muestre en combate contra sus propios intereses.

La Verdad es liberal. Y el liberalismo puro se cifra en la perfecta sumisión a las leyes gratuitas de esa Verdad, como Vida que me persuade liberalmente a un esfuerzo permanente de amor por ti.

El Hombre no puede conocer su vocación real si no conoce sus recursos innatos. Quien ignorando la Verdad tiene en poco sus dones naturales para desarrollarlos libremente, se refugia oscura y vanamente en un medio vocacional extraño. De ahí nace la inadaptación y de la insatisfacción de la vida.

Cuando mercenariamente, que lo es siempre, la Iglesia y el Estado se unen, destruyen la Verdad que representan: lo que queda, con fastuosa apariencia, no es más que la máquina que destruirá también las

humanas y legítimas posibilidades de vida de todo un pueblo.

Di la Verdad y ponte a temblar.

La verdad con dinero, mal agüero.

Nútrete del bien y verás a la Verdad creciendo contigo.

Mil años que hubieras estado amparado en la Verdad, no te valdrían para justificar el mínimo acto de egoísmo.

¡Y la Verdad nos acepta amorosamente, sea cual sea nuestra natural condición humana, si en verdad optamos por vivirla!

Pasé la noche en el desierto, solo... Al alba, vino la Verdad, toda de blanco y, pareciéndome un hermoso caballo sin jinete, le tendí el brazo, se detuvo y me permitió montarla. Y ahora cabalgo por delicados pastos, junto a arroyos de agua cristalina.

Francia 1962.

El mito y la realidad sexual

PARA quienes estamos habituados a una constante frecuentación de librerías, esas nutridas y selectas librerías francesas, donde uno se recrea hojeando volúmenes, leyendo acá o acullá unas líneas, repasando el índice de ese o del otro libro, no es una novedad topar con nuevas ediciones de la obra de D. H. Lawrence, «L'Amant de Lady Chatterley» (1). En mi biblioteca tengo un ejemplar que está editado en 1937, y pertenece a la trescientas sesenta y siete edición. No he examinado a qué edición pertenecen los ejemplares recién salidos de las prensas, que he visto en librería, pero, a juzgar por los años transcurridos desde que fue editado mi ejemplar hasta el presente, puede colegirse el número elevado de ediciones que se habrán hecho.

¿Cómo explicamos la calurosa acogida que se ha dado a la traducción francesa de la citada obra de Lawrence, el conocido escritor inglés, fallecido de tuberculosis, joven y en su apogeo intelectual? Simplemente, se ha tomado la obra como un libro erótico; como si tratara de las «Memorias» de Casanova, o del «Gamiani» que escribió Alfredo de Musset. El público, lo que se denomina «el gran público», no ha querido comprender el sentido que quiso dar el autor a su obra. De nada han valido los fundamentados elogios que han hecho de Lawrence autores de renombre como, por ejemplo, en Francia, André Malraux, o en Inglaterra Aldous Huxley. De nada ha servido que el propio Lawrence, en el prólogo de la obra haya explicado bien su alcance. Ni tampoco el que, para puntualizar mejor las cosas, tenga escrito un opúsculo con el título de «Defensa de Lady Chatterley». Las gentes han prescin-

dido de todo razonamiento y tan sólo atienden al efecto escueto, crudo, de ciertas escenas y diálogos del libro.

Lawrence quiso arremeter contra el «tabú» del sexualismo. Consideró que con igual naturalidad que la empleada en las demás funciones de la vida corriente se puede y se debe tratar de las funciones sexuales. Consideró un prejuicio, una evidente demostración de la hipocresía, poner un velo a lo sexual, máxime cuando muchas veces se hace uso de una rebuscada pudibundez para que la imaginación vaya más allá de lo simple y natural. De ahí que intentara formular un alegato en pro de la sinceridad sexual al escribir su novela «El Amante de Lady Chatterley».

El tema en sí tiene poca complicación. Se trata de un matrimonio, perteneciente a la aristocracia inglesa, ambos jóvenes, en esa etapa de la vida que la naturaleza demanda al organismo el pleno ejercicio de sus funciones. Muy poco tiempo después de casados, y habiendo el marido tomado parte en la guerra del 14, tuvo tan mala fortuna que, alcanzado por la metralla, en los campos de Flandes, quedó físicamente hecho un guiñapo. A la postre, embutido en un cochecito sin poder valerse para nada, tiene que fiar a otros el que le lleven de acá para allá y atiendan a sus necesidades. El hom-

bre es rico y no obstante su estado de inutilidad, la riqueza le confiere un orgullo de casta, un antipático aire de superioridad que le complace usar, tratando de humillar a los demás. A su servicio, tiene un guarda de la finca en que residen los esposos y de la que son propietarios; este guarda vive solo. El será el amante de Lady Chatterley, decepcionada del marido, más que por su inutilidad física, por el orgullo de casta que nota en él. Y es ese amor, de carácter psicológico y físico el que relata el escritor con arte admirable, y con admirable naturalidad.

Lawrence que, como dice Huxley, por temperamento apreciaba la vida instintiva, sin el refinamiento, sin esas complicaciones que tienden a adulterar la realidad en las relaciones sexuales les eran profundamente antipáticos los don Juan, los expertos sensuales, los libertinos conscientes, los que se vanaglorian de lo que solamente es vicio. Escribía: «No obstante lo que de ella puede decirse, declaro que esta novela es un libro honesto, sano y necesario a los hombres de hoy.» «Quiero — agregaba — que los hombres y las mujeres puedan pensar las cosas sexuales plenamente, completamente, honestamente y con limpieza.»

Para el que ama el arte, la belleza y la vida en toda su naturalidad, nada tan absurdo como esas hojas de parra que han

A un insigne embustero

Tú, a quien la pura verdad
es fénix desconocido,
tanto el crédito has perdido
por tu embuste y falsedad
Que si llega a suceder
que recitando algún cuento,
digas ingenuo: «Yo miento»,
nadie te querrá creer.

de Azua

(1) En venta en nuestro Servicio de Librería.

puesto los artistas, atentos a los convencionalismos, en la parte genital de sus figuras desnudas. Cuantas veces recorriendo los museos nos ha chocado, admirando bellas esculturas, notar la absurda hoja de parra entre las piernas de algunas Venus o de algún Apolo. Es esa anacrónica idea de « pecado » que, según Pompeyo Gener, la mitología judaica ha impuesto en el Arte, como en todas las manifestaciones de la vida sexual. ¿Por qué ha de ser vergonzoso, impúdico el mostrar en un desnudo las partes genitales de las figuras? ¿Qué tiene de bajo, de innoble, el que un hombre o una mujer muestren en un cuadro o en una escultura sus partes sexuales? Lo propio acontece en la literatura. Un escritor podrá detenerse en una descripción minuciosa de una comida, de un ejercicio

físico del proceso de una enfermedad, de toda suerte de actividades, de placeres propios del individuo o de la vida matrimonial. ¡Ah, pero detallar con natural minuciosidad la función sexual, el acto de la cópula, es algo inmoral, escandaloso, impúdico!, etc., etc. Importa la insinuación, pero luego viene aquello de « corramos un velo »; la hipócrita hoja de parra que busca velar la realidad.

Lawrence tuvo el atrevimiento de descender el velo; mejor dicho: dijo las cosas sin tener necesidad de velos ni hojas de parra. Prescindió del mito de lo sexual. Por supuesto, su obra levantó polvareda en Inglaterra. «El Amante de Lady Chatterley» fue prohibido. Los puritanos, que casi siempre suelen ser degenerados disfrazados, se escan-

dalizaron. No obstante de la obra citada se han hecho en Europa y América muchas ediciones. La lástima es que la mayoría de lectores no poseen la debida comprensión; la inteligencia necesaria para comprender el significado del libro, la profunda verdad que contiene. Posiblemente Lawrence, que tenía fibra de artista y de pensador; que no había hecho de su profesión, como muchos escritores, una especie de industrialismo; que para él escribir era ofrecer un mensaje a los demás, debió comprender, vista la torcida interpretación que daban la mayoría a su libro, cuán difícil es destruir un «tabú» consagrado por los siglos. No obstante, ahí queda su libro, abierto la comprensión de un ambiente social más regenerado que el actual.

E L indicar la edad de un hombre en números, esta artificial indicación de la edad, como yo la llamaría, tiene muy poco que ver con su **edad natural**. Pues su edad natural es tan sólo la fracción de su vida ya que ha vivido en relación con la muerte natural que ha de sobrevenirle, la cual puede desplazarse más o menos en un cierto número de años, según el variable ímpetu total de vitalidad de un hombre. De la misma manera que cada especie tiene un límite natural de edad muy diverso, que en modo alguno coincide con el simple promedio de las edades, así también todo individuo tiene un término correspondiente, y con ello su **muerte natural** (en condiciones vitales optimales). De igual modo que hay moscas ancianas ya con un día, y jóvenes elefantes que viven duraciones de tiempo objetivo completamente diferentes, desde siete horas hasta cien

LA EDAD

años, así también hay pequeñas diferencias entre los individuos de una misma especie, por ejemplo, en el hombre. Esto hace comprensible el que pueda decirse de alguien, con perfecto sentido: es mucho más joven de la edad que tiene (se refiere a la edad artificial), o: está muy viejo para sus años.

Imaginemos ahora un hombre que no supiera nada del día de su cumpleaños y del número de años de su vida hasta ahora. Supongamos, por un experimento mental, que no vea la aparición de los signos exteriores de su edad; pensemos inclusive — y a veces acontece esto en parte — que esté anestesiado para todas las sensaciones orgánicas, por tanto, también para complejos, como la sensación de fatiga; que no haya estado enfermo nunca.

Yo pregunto: ¿no tendría, entonces, este hombre conciencia ninguna de su edad? Yo respondo: sí. Poseería, bien que no una medida de su edad, sí, por lo menos, una conciencia de ella; poseería en el sentimiento de su vida y de su ímpetu, un sentimiento que en manera alguna coincide con sus variables sensaciones orgánicas, ni con su suma: un sentimiento, unido, por un lado, a la dirección vivida de la muerte, y, por otro, a la relación que existe en cada caso entre las esferas de su inmediato recuerdo y expectación. Y esta edad natural así vivida, su edad, es el único y último fundamento intuitivo para el concepto de edad en general. No es algo relativo, como aquella medida centesimal de la edad; es algo absoluto que va supuesto, como último cumplimiento suyo, en todos los criterios para diferenciar la edad y en todas las determinaciones de ésta fundadas en medidas referentes al tiempo objetivo. De esta suerte, en sentido estricto, todos tienen su muerte natural, su edad natural, independientemente de la diversidad de condiciones ambientes que condicionan los fenómenos en que de hecho se manifiesta la edad y el hecho de la muerte.

MAX SCHELER

Estos individuos se desprecian los unos a los otros al mismo tiempo que se colman de caricias; no buscan sino suplantar y se arrastran los unos delante de los otros a cual más mejor...

MARCO AURELIO

Definiciones

SOLIDARIDAD

La solidaridad es la expresión afectiva o emocional de nuestra condición sociable. Ha sido comparada con la ley de la continuidad biológica. Es especie de sinovia individual y social. El individuo es solidario consigo mismo, pues es interiormente una sociedad. La sociedad, sea la que quiera la jerarquía de los círculos en que se concreta, es también solidaria. Cuando falta el aglutinante de la solidaridad, el individuo se desequilibra y la sociedad se desorganiza. La vida individual y social es un todo continuo. Podrá parecer a primera vista, según dijo un pensador moderno, que nuestras visceras interiores son exclusivamente de la individualidad y que su única ley es el egoísmo, que viene a ser, en fin de cuentas, la mutilación de la personalidad; pero la continuidad de la vida, la solidaridad biológica y la acumulación de esfuerzos y energías, constituyen advertencias y enseñanzas fecundas, que se desprenden del estudio de las ciencias naturales como otras tantas consecuencias de alcance moral en el recto sentido de la palabra.

De igual manera, y aun por razones más patentes que nuestro organismo se asimila a las condiciones del medio circundante, se incorporan a nuestro espíritu en la tradición, en el hábito y en la herencia, los gérmenes de cultura y de progreso depositados en el medio social, por generaciones anteriores. La vida intelectual, la afectiva y la de moralidad son a la vez personales e impersonales, y se hallan unidas por especie de corriente magnética, semejante a la ideada por Platón. Somos, en efecto, todos los hombres hermanos gemelos como los de Siam unidos por la cabeza y el corazón. Nutre el individuo sus energías y su vida en la de la especie, y la del primero trasciende de nuevo a la especie por medio de sus obras, de suerte que los que se van, se quedan, y los que mueren, viven aún en el recuerdo de los demás, según el bien positivo que han cumplido a través del ejercicio solidario hacia los demás. Es así cómo la solidaridad es la base fisiológica y moral del sentimiento humano.

Es este estado de espíritu que induce a Tobías, molesto por un insecto, a cogerle cariñosamente por las alas y a abrirle la ventana diciendo: «Anda, pobre diablo; el mundo es suficientemente grande para que podamos vivir tú y yo».

Rebosa el mismo sentimiento el alma genial y apocalíptica de Victor Hugo cuando exclama: «Un puerco socorrido vale un mundo». Idéntica emoción anima a Turguenev al fijar sus ojos en los de un perro, interin se oye rugir la tempestad, diciendo: «El y yo somos idénticos; en ambos oscila la misma llama».

Si las ideas que sugieren tales emociones parecen, a primera vista, por la incoherencia del sentimiento y por sus vaguedades de expresión, toca-

das de cierto sabor panteísta, la discreción del análisis, restringiendo el alcance de la individualidad y reconociendo su atmósfera nutritiva en la solidaridad universal, pondrá los puntos sobre las íes en tanto y tan grato hervor de vida. Basta para ello atenerse a la correlación de lo cuantitativo con lo cualitativo, base del orden real de las cosas, del mental de los pensamientos y del armónico de las emociones.

La solidaridad individual se traduce en los hábitos propios, los que el agente contrae voluntariamente por sí mismo en virtud de su iniciativa. No son tales hábitos subjetivos ni individuales, porque otra vez lo subjetivo ahonda sus raíces en la realidad objetiva, de la cual es el sujeto súbdito voluntario y lo individual a lo personal se requiere, asociándose a un orden general, y no siendo lícito vivir sin previsión, al día, sino obligado contar con la racionalidad del tiempo, que el hábito revela al mostrar cómo el fugitivo momento actual está lleno de lo pasado y preñado de lo porvenir.

La vida racional no se compone de actos cumplidos sin recuerdo ni previsión, para salir únicamente de la dificultad del momento, sino que su contenido requiere acciones realizadas poniendo a contribución todas las enseñanzas de lo pasado y anticipando en previsión lo porvenir. La solidaridad, del individuo se puede apreciar en los dos aspectos de la moralidad: el material y el formal; el de los actos y el de las intenciones. Así, es evidente respecto a los actos que son en parte determinados, sin negar la espontaneidad voluntaria, por las circunstancias en medio de las cuales se cumplen y por las influencias exteriores que rodean al agente. Es igualmente cierto que los actos sucesivos se enlazan formando una serie y dependiendo en parte lo que se hará mañana y lo que se ha hecho ayer. No es menos clara y manifiesta la solidaridad de las intenciones, pues el factor personal no es planta exótica, sino que forma sus intenciones según su estado mental, afectivo, de voluntad, y las resoluciones sucesivas se hallan ligadas entre sí, pues las que tomamos hoy son en parte consecuencia de las que antes adoptamos y habrán de influir en las que después aceptaremos.

En suma, existe una lógica de los sucesos (la moral es una lógica en acción), y la fuerza de las circunstancias se encarga, si nosotros no proveemos y proveemos en ocasión y en hora oportunas, de sacar inflexiblemente las consecuencias de las premisas por nosotros puestas, quedando en este caso prisioneros de la circunstancia, que no siempre es propicia al desarrollo de la acción solidaria.

Las tendencias, que a primera vista aparecen naturales, induciendo al individuo a procurar para sí, constituyen la decantada ley de la lucha por la existencia y no son sino una verdad a medias, por

no decir que son totalmente falsas. Cuando se observa que la araña teje su tela hasta morir; que el perro come hierba para provocarse el vómito y compromete su existencia para salvar la del náufrago; que, finalmente, los instintos de la maternidad subyugan el egoísmo hasta el extremo de que el individuo se sacrifica a la especie, no es lícito, de ningún modo, dar como buena la norma de existencia, ni aún entre los animales, la concurrencia vital, sino que es necesario declarar, sobre todo cuando se trata de la vida humana, que por encima de la lucha por la existencia se sitúan otros factores que constituyen un conjunto de distintas energías, que colaboran todas como excitantes para la acción solidaria.

De no haber otra ley reguladora de la vida que la llamada de lucha por la existencia, ésta circunscribiría su fin a la lucha incesante, sin tregua, quedando cercenada toda iniciativa, todo impulso, sin que cupiese, ni aún como hipótesis, más que contestar con un silencio pitagórico a la pregunta del poeta cuando dice:

«¿el amor? ¿Y la dicha? Los nacidos,
no han de tener más fin
que el de ser comedores y comidos
del universo en el atroz festín?»

Si en lo fisiológico existe, al lado del instinto de conservación el de la especie, en la vida racional, la ley de la lucha por la existencia, se halla grandemente compensada, mejor diríamos minimizada, por la solidaridad, que despierta conjunto de energías que, si aparecen combatiendo, en último término llegan a concentrarse, personificando en el individuo el espíritu colectivo y solidario por encima de todo.

Amor al prójimo y justicia social

El amor al prójimo, la piedad, la misericordia, la compasión y todas las demás virtudes no remedian el mal; son tópicos que se repiten para disimular las más irritantes injusticias.

Ahora está en boga la «justicia social»... ¿Y qué es eso?... Nada más que un término rimbombante, por el cual se ensalza una pseudo justicia, coja, manca, sorda y ciega.

Se mantiene una sociedad de jerarquías funestas para una convivencia racional, de mandones egolátras y crueles; se respeta la desigualdad económica en una riqueza que podrá alcanzar para todos y es sólo privilegio de «selecciones moderadoras minorías»; se mantienen cárceles, cuarteles, iglesias y espléndidos campos de deportes, y hay despojos humanos sin abrigo, sin alimento y sin amor.

Produce náuseas semejante «orden» que emplea esa cantilena de la «justicia social»... ¡Qué sarcasmo!... No puede haber justicia sin equidad... ¡Dar a cada uno lo suyo! Pero, ¿quién discrimina lo tuyo y lo mío entre intereses opuestos?... Las leyes, los jueces, los solemnes tribunales que dictan sentencias, «según su recto saber y entender»... ¡Ay, qué risa!... leyes y trampas, jueces perdidos en laberintos jurídicos, jueces con prejuicios y jueces prevaricadores.

Quizá hay un sentido innato y latente de lo que es verdadera justicia... Reciprocidad entre iguales, simpatía entre los afines, generosidad sin cálculo; amor desinteresado y libre; respeto al semejante, mientras éste no intente imponerse, agredir o explotar... Todo este enunciado no se encierra en máximas de catecismo, sino que es expresión de una conducta que, al ser individual, tiene, o puede tener una relativa proyección social... ¡Sin hacerse demasiadas ilusiones!

En fin, la justicia a secas no puede existir en un conglomerado de seres desiguales dentro del desorden social... Y así, para mantenerlo en sus límites autoritarios y monstruosos, se propagan y ensalzan las obras benéficas, la caridad controlada y el «amor al prójimo»... ¡Qué asco!

COSTA ISCAR

LA PEDAGOGIA

... Toda la obra de pedagogía — tradicional o modernista, rutinaria o pestalozziana — estriba en la contradicción de la espontaneidad individual. Artera o ingenuamente, el abominable maestro, — abominable siempre — corrige a la Naturaleza en sus desbordamientos y en sus impetus. Así, palia la generosidad e inculca la astucia, mitiga la franqueza e implanta la hipocresía, socaba el arrebatado noble y acopla la insidia, recorta la fiereza e imbuye la urbanidad servil y bochornosa.

Y así, las ideas de monopolio y violencia, de prerrogativas y exenciones, las indestructibles ideas van naciendo — y por herencia se consolidan — en la mente sin odios, ni exclusivismos del infante. El silencio en los largos claustros, las lecciones solemnes, prolijas, la uniformidad en los actos más nimios, las horas de hosco estudio, los paseos acompañados, las comidas taciturnas, los exámenes humillantes, el respeto al maestro, todo, todo fortalece paulatinamente la idea de la Autoridad humana, y todo va paulatinamente entristeciendo y amargando la visión riente de la vida... «Abolizione della gioventù», llama con exacta frase Leopardi a la educación en sus Pensieros.

Luego, en la universidad, la duda y el desconsuelo se

densifican. Filósofos y pedagogos han creado un formidable aparato de educación razonadora. A la simplicidad bárbara de la escolástica, ha sucedido la complicada barbarie del positivismo dogmático. Pedantones temerosos y hombres de buena fe, avanzan sobre el educando incauto armados de todas las armas de la novísima psicología, someten su cerebro a experimentos y caprichos fantásticos. La personalidad acaba de perecer a sus embates, la incertidumbre se afirma vigorosamente. Recorred los libros de los flamantes pedagogos universitarios; asistid a sus aulas. No encontraréis ni una idea confortadora y luminosa, ni un apasionamiento ni una audacia. Sus libros son eclécticos y soporíferas rapsodias, y sus discursos, apologías de todo oportunismo victorioso. Las ideas «santas» permanecen incólumes entre la erudición de sus discursos y de sus libros, y las iniquidades de la economía y de la política, prosiguen amparadas por los pedagogos novadores como por los escolásticos de antaño. ¡En cuántas cátedras de economía, la pretendida ciencia, no se juzga axiomática la absurda ley de Malthus, y en cuántas de derecho político, el pretendido derecho, no se tiene por eterna la monstruosa mentira de Estado!

José MARTINEZ RUIZ

Vidas agitadas

L I S T Z

NACIO Francisco Liszt en Raiding (Hungría) el 22 de octubre de 1811. Este gran músico, padre de Cósima Liszt, que fue musa inspiradora de Wagner, desde la infancia mostró las excepcionales condiciones que habían de llevarle a la posteridad.

Su padre era ya un buen músico, que favoreció el desarrollo de las facultades de Liszt. En efecto, éste, con una educación nada común, y una inteligencia poderosa, a los nueve años dió su primer concierto, que fue una revelación. Merced al éxito obtenido y a la simpatía que demostró su arte instintivo y personal se le señaló una pensión, que le permitió trasladarse a Viena con sus padres y estudiar el piano con Czerni y la armonía con Salieri, siendo sus progresos tan extraordinarios, que dos años más tarde se trasladó a París, a fin de continuar sus estudios en el Conservatorio; pero Cherubini se negó a admitirlo, alegando su calidad de extranjero. Como ocurrió en Viena, Liszt se convirtió en París en el niño mimado de la intelectualidad y de la aristocracia francesa. Daba conciertos, sin cesar de continuar sus estudios musicales, bajo la dirección de su padre, que le sometía a una severa disciplina artística que, encontrando terreno abonado en el adolescente, no tardó en dar frutos magníficos.

Después de París, pasó a Londres, electrizando al público con su portentosa ejecución. Volvió a París, en donde perdió a su padre, que durante todos estos viajes no le había abandonado nunca. Quedaron en Francia él y su madre. Liszt, muy modesto, sencillo, de carácter tímido y naturalmente humilde, ningún fruto económico había sacado de sus tempranos dotes. Encontróse en París y sin recursos, dedicándose, para subvenir a su sustento y al de la que le dió su ser, a dar lecciones de piano, que alternaba con sus conciertos, que eran escuchados por todo el mundo artístico parisién.

En París le sorprendió la revolución de julio de 1830, a la que saludó con entusiasmo, porque su espíritu juvenil e inquieto no había sido ahogado, y no lo fue nunca, por el ambiente aristocrático en que su arte y su vida se desenvolvieron. El sansimonismo, con el que simpatizó, los movimientos revolucionarios del pasado siglo y las inquietudes morales que agitaban a su época, ayudaron a formar su individualidad influyendo sobre su obra y sus pensamientos.

En París se formó un brillante cortejo de amistades y empezó a gustar las mieles del amor. Por él, la condesa María d'Agoult, una de las más bellas y célebres mujeres parisinas, abandonó a su marido y la posición envidiable que ocupaba, siguiendo al gran músico en su éxodo por Europa. Danhauser dibujó un cuadro famoso, en el que aparece un concierto íntimo de Liszt, al que asis-

por Soledad Gustavo

ten, rodeando al artista, Dumas, George Sand, Berlioz, Paganini, Rossini y la condesa d'Agoult, que hizo célebre en el mundo literario el pseudónimo de «Daniel Stern».

De 1837 a 1839 fijó su residencia en Milán, siempre acompañado de María d'Agoult, que le dió tres hijas, una de las cuales fue Cósima Wagner, fallecida en 1924.

Recorrió las principales poblaciones de Europa, siendo considerado por todos los públicos como un artista extraordinario. Al fin se detuvo en Weimar, centro después de su actividad artística. De 1844 a 1845 visitó España y Portugal, y en Madrid, Barcelona, Cádiz y Lisboa excitó verdaderos transportes de admiración; en los tres años siguientes residió Liszt cortas temporadas en Weimar, que alternó con viajes a Francia, Holanda, Bohemia, Hungría, Rusia y Turquía, hasta que los acontecimientos revolucionarios internacionales de 1848 y 1849 pusieron término a estas excursiones, estableciéndose definitivamente en Weimar.

Esta época marca una transformación completa en la carrera de Liszt, que se vió rodeado de una verdadera corte de admiradores, entre los que procuró inculcar su entusiasmo por Berlioz, y sobre todo por Wagner, al que otorgó una protección sin límites, en una época en que el inmortal compositor, desterrado de su patria por su intervención en los sucesos de 1848, en donde, en las barricadas de Dresde, Wagner se encontró con Bakunin vertiendo juntos la sangre por la común causa revolucionaria, desterrado de su patria, repetimos, y casi desconocido, carecía de todo. A Liszt se debieron las primeras representaciones en Alemania de «Tanhauser» y «Lohengrin», y Berlioz pudo darse a conocer en aquel país gracias a la influencia de Liszt. Su protección, su solidaridad moral, mejor, cordial y noble, alcanzó a otros artistas más modestos, para los que siempre tuvo abiertos sus brazos y su bolsillo. Sus rasgos de generosidad fueron innumerables. Modesto por naturaleza, daba más importancia a los otros que a sí mismo. Jamás tuvo envidia de nadie y fue el prototipo de la confraternidad artística. Calvocoressi dice de Liszt «que dió, durante su vida, un ejemplo único de desinterés artístico; se consagró a la propagación de las obras de sus colegas, y en cuanto a las suyas, sólo las defendía afirmando su sinceridad. Igualmente obró en lo referente a las circunstancias de su vida; fue espléndidamente bienhechor y murió pobre. En todos sus escritos, en todos sus actos, se buscará inútilmente el rastro de una envidia, de un odio, de un cálculo o de una bajeza. El hombre y la obra parecen igualmente dignos de ser admirados, de ser amados... Ningún artista podría proponerse un más

noble ejemplo ni ambicionar un destino más alto».

Su más grande amor fue la princesa Carolina de Syn-Vittgenstein. Por consejo de esta mujer, que tanta influencia ejerció en la vida de Liszt, dejó de ser concertista para transformarse en compositor. Weimar se convirtió por aquel entonces en un nuevo centro de vida artística e intelectual, al que acudieron gran número de jóvenes músicos de gran talento, y en aquel período fue cuando escribió sus poemas sinfónicos, que representan del modo más exacto su individualidad creadora.

En 1861 marchó a Roma, y en 1865, después de haber fracasado las gestiones realizadas para conseguir el divorcio de la princesa Carolina, se retiró a Bayreuth, al lado de Wagner, ya unido a su hija Cósima. La vida de Liszt transcurrió pacífica y melancólica desde entonces, junto a su hija y a su yerno, trasladándose ora a Roma, ora a Bayreuth, siguiéndoles en sus viajes artísticos.

Liszt sobrevivió tres años a Wagner. Seis días antes de morir, el día 31 de julio de 1886, asistió a una representación de «Tristán e Isolda», obra que le causaba siempre una impresión tan honda, que a ella dedicó sus últimas palabras.

La obra de Liszt, suficientemente conocida, no necesita comentarios. En cuanto al hombre, hemos procurado retratarle en ese breve bosquejo de su vida, en la que sobresale, ante todo, un desinterés, una nobleza, una bondad y una lealtad que atestiguan sus condiciones morales y lo digno que era de la gloria que conquistó con una vida intensa y dedicada exclusivamente al arte, sin ninguna mira mercantilista.

En 1887 se publicó la correspondencia, copiosa e interesantísima, cruzada entre Wagner y Liszt. La devoción de Liszt por Wagner, hombre extraordinario, que tan contradictorios juicios provocó y tantos amores y odios atrajo sobre sí, devoción continuada por su hija Cósima Liszt, demuestra una vez más la ausencia de mezquindad, la grandeza de alma de Francisco Liszt.

El mayor elogio que de él puede hacerse, es el que de Liszt hace Calvocoressi: «Murió pobre...» Murió pobre, habiendo electrizado a los públicos y ganado mucho oro, oro que prodigaba, que en sus manos, en su casa acogedora, y por su alma cordial, era de cuantos lo necesitaban, de todo el mundo, más que de sí mismo.

Parábolas de Han Ryner

¡Que la juventud sea!

SOBRE la debilidad y la ignorancia del niño, sobre la debilidad y la ciencia temerosa del anciano, despóticamente reina el Hecho. Los cortos y ciegos caprichos del primero, las veleidades del segundo, temblorosas y curvadas como pesares, nada pueden contra el vasto tirano. Sólo el joven mira sin miedo y con una cólera a veces ineficaz, las incoherencias y las injusticias cuyo amontonamiento forma lo Real. Solo él dice: «¿No es también mi sueño un hecho? ¿No es también mi ideal del presente un creador de porvenir?» Y continúa: «Existe el bloque de las locuras y las fealdades conglomeradas. ¿Es que no existe también mi amor por la armonía? ¿Es que no existen mis manos y mi valentía?». Y es capaz de decir al mundo: «¡Luchemos los dos!»

El bloque resiste, las manos suelen ensangrentarse. ¡Qué importa! El choque doloroso ilumina, en las pesadas tinieblas, la sola llama, la sola esperanza y la sola luz. El esfuerzo, que se obstina, crea su belleza precisa y, ¡ved cómo a veces disminuye la fealdad de la universal y cruel pasividad!

El héroe aislado no podrá esculpir más que su belleza interior. No tarda mucho tiempo en darse cuenta de ello; pero, sin otro cambio que un poco más de gravedad en su voz que canta, continúa su labor; en la infamia de la ciudad, erige en estatua la injuria de su nobleza.

Para el resultado exterior, los héroes no bastan; se precisa un grupo heroico y no mil combates aislados, se precisa la gran batalla; no bas-

tan unos jóvenes, se precisa una juventud. A veces, están los jóvenes muy dispersados, demasiado ignorantes unos de otros o divididos por demasiados malentendidos.

¡Contemplad los raros aciertos de la juventud! Son los solos dignos de la historia que quiere hablar sin enrojecer. Sólo ellos levantan en los pantanos societarios la magnífica tempestad, llevándose el dique putrefacto de las rutinas y, por algún tiempo, se precipitan las aguas en río de alegría.

No, no miréis hacia donde se vuelven los ojos estúpidos de los aborregados. Nunca la verdadera juventud se deslizó por el fango político. Su renovación es de pensamiento, de emoción y de belleza. Hay que buscar los aciertos de la juventud en la gesta de las Pleyadas o, por ejemplo, en el Renacimiento, o en ese grupo entusiasta de Auteuil que unía los veinte años de Racine y de Boileau con la tardía floración de La Fontaine y con el florecimiento ascendiente de Molière.

Mirad y plantead el problema de esperanza y angustia: ¿Existe ahora una juventud?

Por varias veces, he contestado a esta pregunta con una respuesta de amor que tal vez se engaña al proclamarse fe y certidumbre. Al interrogarme de manera más profunda mi esperanza se inquieta. Jóvenes heroicos y dotados magníficamente los hay: conozco a varios, adivino dónde pueden estar los otros: alrededor de lo que veo, ¿es que me engaño si creo sentir el inmenso estremecimiento primaveral? Pero, ¿es que todo esto constituye en este momento, una de esas gran-

des y fuertes juventudes de las que se está cierto de recibir magníficos regalos?

En la época de Ronsard, en la época de Racine, en la época de Hugo, eran muy pocos los escritores, todos los jóvenes se podían conocer entonces, organizarse, mancomunarse para el asalto de lo vejestorio y de los tenaces anacronismos.

¡Benditas épocas! Todos habían recibido la misma educación. Que un héroe surgiera y la juventud, formada ya de antemano, se agrupaba alrededor de ese nuevo heroísmo. Al erigir un llamamiento en magnífica bandera desplegada al viento, todas las hasta entonces mudas tendencias se agrupan en una fórmula, reconociéndose. Por doquier responden los entusiasmos, vienen corriendo las alegres abnegaciones.

Hoy, ¿quién tendrá la vanidad de conocer el número de los escritores? Hoy la educación es divergente, divergente también la instrucción. Las diferencias golpean a todas las miradas; pero lo que las circunstancias mundiales y el ritmo vital ponen de común en los hombres de la misma edad, hay que buscarlo y adivinarlo en las profundidades. Nadie podrá expresarlo sin mezclarlo a lo individual, sin levantar miles de protestas.

Renunciad, ¡oh, jóvenes!, a las tácticas que, en las coyunturas demasiado diferentes, dieron la victoria. No renováis el error que perdió a la juventud simbolista; pues dejó lo seguro por la sombra, la obra y el triunfo por la especulación, la teoría y la polémica intestina. Más cerca de vosotros, mirad a todas esas ruinas inacabadas, decoradas con pomposos nombres de escuelas y que se amontonan en el umbral de nuestros siglos.

No pretendáis tampoco agruparos en un grupo único y expresaros con un solo órgano. Que ningún grupo, que ninguna publicación cometa la imprudencia de proclamar: «¡Nosotros somos la

juventud!» La rica y divergente juventud de hoy, si quiere, entre las risas de los prostituidos y los oficiales, dedicarse a los grandes combates, tiene la necesidad de numerosos grupos y de órganos numerosos. Ya tienen algunos, todos valientes, todos útiles. Pero no tiene bastantes.

Con estéticas diversas, tenéis un mismo ideal práctico: el de la justicia y el de la sinceridad heroica. Os reconoceréis en vuestros rasgos comunes: el desprecio por los falsos artistas que detentan prebendas y honores, y el amor por algunos grandes que trabajan en la sombra y que el populacho burgués no conoce.

Hasta en nuestras diferencias, que harán la época más ricamente gloriosa, amaos los unos a los otros. Decid: «Nuestros enemigos están delante de nosotros; pero ni uno solo se encuentra en nuestras filas, al lado o detrás nuestro». Sois ricos, practicad vuestra riqueza de ricos. Con el que se encuentra en su primer o segundo ensayo, solamente la generosidad merece el nombre de justicia. Ved la grandeza del roble en la pequeñez de la bellota.

Amad las sinceridades que siguen vuestra ruta; amad las que siguen otras rutas. Hay que saber prever; pues el orden secreto de las montañas y de los ríos será obedecido y aquellos hermanos, que parecen alejarse de vosotros, estarán en el momento oportuno, dispuestos y entusiastas, en el próximo desfiladero.

Jóvenes, proclamad con amor para vosotros mismos y para todos los de vuestra edad, y para todos los que mañana vendrán:

¡Que la juventud sea!

Selección de W. MUNOZ

Próximo artículo:

« DE MI SABIDURIA »



Nada es grande, si a la vez no es bueno

SENECA

Glosa al sindicalismo

BASTANTE se ha despreciado la posición del trabajador sindicalista. Precisa que alguien rompa una lanza a favor de la misma.

No son sindicalistas los obreros que envidian la comodidad burguesa o que beben entusiasmo en el zinc del bar. El paria que depende de un rencor o de un vaso de alcohol, es un pobre ente que lo mismo sirve para huelguista flor de un día que para delator esquirolo con mayor espíritu de continuidad.

No es buen activista de la organización proletaria el trabajador mediatizado por las corrientes políticas, por suponer una voluntad intervenida. Este ejemplar de hombre se olvida fácilmente del ideal supremo de justicia social para entregarse a las menudencias del día y a las consignas de partido.

No puede considerarse buen afiliado al cotizante meramente «obrerista», con mentalidad acomodaticia. El ideal de éste no va más allá de la «casetta i l'hortet» con radiogramola, fariass de recambio y «chien méchant».

De los sumisos, de los eunucos, ni hablar.

Frente a esa suerte de sindicalistas oponemos la del militante clarividente y osado que va a la destrucción sistemática del poder capitalista. Hay que contar con el sindicalismo no adaptable a las presentes situaciones.

No es nada simple actuar en sindicalista completo. Más fácil es criticar al militante sindical, que serlo cumplidamente.

El sindicalista acérrimo está dotado de una moral de acero. Convencidos de ello, los estadistas lo calumnian, lo laceran, lo hambread, le hieren en sus sentimientos y en sus carnes, lo fusilan incluso; porque saben que todo intento de soborno es inútil.

El objetivo mediano de los adalides del Sindicato es la destrucción pura y simple de la sociedad capitalista. ¿Después? El reinado de la igualdad fundamentado en la desaparición de las clases. La fórmula exacta, a cada teorizante del porvenir le ha parecido poseerla. También los ácratas poseemos algunas.

El objetivo inmediato del sindicalista integral (y que nadie se asuste del calificativo) es la obtención de un máximo de mejoras transitorias que

eleven el nivel de vida de la clase explotada y la mantengan adiestrada, esperanzada y dispuesta para el golpe final.

El sindicalista «comme il faut» no tolera destajos embrutecedores y protectores del interés capitalista; que acortan la existencia de quien los practica — por avaricia de dinero— al tiempo que condenan a una parte de la «mano de obra» a miseria ocasional o endémica por falta de trabajo.

El sindicalista verdad no prolonga por nada del mundo el horario de trabajo por respeto a su persona, por fidelidad a las conquistas sindicales, por mantener en alto los salarios y para provocar una permanente escasez de brazos.

El sindicalista abnegado cumple al pie de la letra los acuerdos de boicot, de rechazo de obreros traidores y de encargados malévolos, e impide enérgicamente en los trabajos la comisión de vejámenes y la alteración de las normas beneficiosas para los obreros.

El sindicalista que reseñamos confía en su fuerza, adherida a la del conjunto compañeroil, y rechaza de plano la intromisión del disolvente político en el seno de las multitudes productoras organizadas.

El buen militante del Sindicato se preocupa por la capacitación revolucionaria de los trabajadores, tanto en el orden cultural como en el de la producción, con vistas a un libre futuro.

El sindicalista heroico pierde materialmente hasta en el momento de los grandes éxitos huelguísticos. Se conforma con que la disposición moral favorable de los obreros sea mantenida y aumentada, aún a costa de su tranquilidad personal.

Dondequiera que sea que el anarquismo haya renunciado a la táctica sindicalista, ha quedado reducido a una escuela más con nula influencia en los destinos del país. De ese abandono se han nutrido el sindicalismo amorfo y la sindicación libertaricida.

Afortunadamente, la historia viril y emocionante de la Confederación Nacional del Trabajo y la presencia señera de la Asociación Internacional de Trabajadores pueden desvanecer toda suerte de equívocos y toda una plaga de aberraciones.

J. FERRER

Letras sin virtud son perlas en el muladar

EL QUIJOTE

E RASE un asno pensativo, pensativo, como es propio de su especie, y ocioso. La suerte le había hecho nacer en casa rica, donde era considerado como animal de lujo, no de carga. Todo su quehacer consistía en pasear al amo, de tarde en tarde, por las tierras del contorno.

Conocía, al dedillo, estas tierras, propiedad del amo. Sabía dónde estaba el árbol de mejor sombra, la ladera más propicia para tumbarse al sol, el prado de hierba más tierna y el arroyuelo de agua más clara.

Los días, y eran muchos, que el amo no salía de casa, se le dejaba libre para divertirse. Corría, por caminos y caminitos, saltando de gozo, hacia sus lugares preferidos.

Era una vida, la suya, dichosa, dichosa. Pero el ocio acabó por pervertirle, fenómeno corriente. El no tener nada que hacer le llevó a soñar en la acción, como a tantos ociosos, y, como a tantos ociosos, el soñar en la acción le llevó a querer reformar el mundo.

Todo estaba mal. A todo había que poner remedio. El no podía quejarse, pero la vida de los otros animales era un suplicio. Los hombres hacían de ellos lo que querían. Hasta matarlos. Y cualquier animal, aun el más torpe, aun el más incapaz, era más juicioso que no importa qué hombre. Pocas veces, por ejemplo, y sólo en circunstancias rarísimas, se daba el caso, entre animales, de un asesinato, cosa usual, y que los juzga para la eternidad, entre los hombres. En este aspecto, más que en todos, la comparación del hombre con los animales, y en particular con el asno, era inadmisible.

Había que acabar, sencillamente, con el dominio del hombre, criatura ridícula que se vanaglo-

Reza el adagio que de toda discusión nace la luz. Por experiencia hemos llegado a la conclusión de que ninguna discusión ha conseguido iluminar a nadie. Sobre todo cuando los que discuten están cegados por sus particulares puntos de vista, sus simpatías, el íntimo convencimiento de que la razón les asiste.

Todos creemos que la razón nos asiste. Parece como si ésta fuese una moza casquivana, amiga de darse a todos sin distinción. Hay, evidentemente, una razón para cada uno, como hay tantas verdades como hombres.

Para poner de acuerdo esas razones y esas verdades, no se ha encontrado todavía el taumaturgo que obtuviese el tal milagro. Para todos, lo más fácil y lo más cómodo es cargar sobre el presidente de mesa o el director del periódico, la incapacidad para la discusión serena y la imposibilidad del acuerdo imposible.

Sin embargo, la historia recoge esos diálogos de sabios a través de los cuales Grecia iluminó al mundo. Sus discusiones sirvieron de base polémica y teórica a varias filosofías.

Eran, desde luego, sabios, despojados, a fuerza de sabiduría, de esa desdichada pretensión de poseer la razón y la verdad que hacen imposibles y negativas todas las discusiones.

Versiones

E L A

riaba de no andar a cuatro patas y que tenía que ponerse a cuatro patas para arrancar a la tierra su pan. Lo que era en él como arrastrarse. ¿Por qué los animales, siempre sobre sus cuatro patas, habían de estar dominados por quien tan mal les imitaba?

No sería difícil acabar con ese dominio. Ciertamente que el hombre era, si no más juicioso que los animales, más inteligente. El asno lo reconocía. No era inmodesto. Pero reconocía también que la inteligencia era, en sus manos, un mal instrumento. Jamás le había servido para nada grande; porque no podía juzgarse grande que hubiera sometido, por ella, a los animales y a otros hombres; ni que hubiera arrancado mil secretos a la naturaleza para volverlos contra sí mismo; ni que hubiera inventado innumerables máquinas para hacerse su esclavo. Que la inteligencia no era, en manos del hombre, un instrumento valioso, lo demostraba el hecho de que no le había bastado nunca para ninguno de sus propósitos. Al final, hasta para las cosas más simples, siempre había tenido que recurrir a la fuerza.

Al llegar a esta comprobación, el asno se frotaba, simbólicamente, las manos. Porque si todo era, al final, cuestión de fuerza, los animales, mucho más fuertes que el hombre, no tenían más que proponerse someterlo para someterlo. ¿No estaba, por lo demás, sometido a mil cosas increíbles? ¿Y no se sometía, voluntariamente, a otros hombres infinitamente menos juiciosos y menos fuertes que los animales?

En las conversaciones con sus compañeros de cuadra, el asno comenzó a exponer las teorías que había concebido sobre la reforma del mundo. Pronto no se contentó con llamarla reforma. Era un mundo sin pies ni cabeza. Había que transformarlo totalmente, radicalmente. Nada había de quedar en pie. Todo era preciso fundarlo sobre bases nuevas. La tierra podía ser un paraíso. Cada cual haría lo que quisiera, nada más que lo que quisiera. Nadie estaría sometido a nadie. Sólo el hombre, criatura nociva, sería reducido a esclavitud. A una esclavitud dulce: no había que parecerse a él en nada. Y únicamente para evitar que hiciera el mal, hábito en él inveterado. Si algún día llegaba a servirse de sus cualidades honestamente, se le dejaría en libertad, participaría del bien común.

Sus compañeros de cuadra escuchaban al asno atónitos. Nada decía que no fuera real; pero desconfiaban de él. Era un ocioso. ¿No quería arrastrarles a caminos que él mismo no seguiría?

Simple, intacto, veían las cosas antes de que sucedieran. El asno no tenía ya esta facultad. Como tantas criaturas, había perdido en saber lo

ASNO

que había ganado en instrucción. Antes, cuando no era más que el animal pensativo para que había nacido, veía también las cosas desde mucho más adentro. El soñar en la acción a que le llevó el ocio, instruyéndole, había acabado con su ser esencial. No existe perversión mayor.

La desconfianza de los otros animales no era infundada. Como todos los ociosos que se meten a reformadores del mundo, el asno no tardó en asustarse de sus propias teorías. Sobre todo, cuando algún animal desdichado, de los que tenían más razones de queja que él, intentaba seguirlos. Se espantaba entonces de las consecuencias de sus consejos, y ponía sordina a sus propios dichos. No habían sido bien interpretados, afirmaba sin inmutarse.

Acabó, en su perversión, por no ser más que un moralista. Nada había que no condenara, y nada, después, que no justificara. Terrible destructor, y reconstructor apresurado, en seguida, de lo que destruía: espectáculo no por frecuente menos lamentable.

Sus compañeros de cuadra acabaron por perderle el respeto, y por reírse de él, cosa inaudita. Nadie se había reído jamás de un asno, excepto el hombre, que no cuenta.

Pero todavía, de vez en cuando, alguno, que ya no podía soportar la existencia, seguía sus consejos olvidando la experiencia de los demás.

Así sucedió a una vaca, con la que el azar le hizo pasar unas noches en compañía. Venía la vaca del trabajo cotidiano rendida, a fin de alientos, sin ganas de nada, ni de comer: sólo de tenderse, de dormir y de olvidarse, durmiendo, la dureza de su condición.

— ¿Qué te sucede? — le preguntó el asno, viéndola tan fatigada.

— ¿Qué quieres que me suceda? Que arrastro una existencia casi tan miserable como la de los hombres. Como la de los hombres que dependen, como nosotros, de otros hombres. Trabajar, comer y dormir. Tal es mi suerte. Ni un momento para correr por los prados; ni un momento para tenderme al sol; ni un momento para beber el agua clara de una fuente; ni un momento para mí misma, para ser yo misma.

— Ya os lo he dicho: hay que acabar con este mundo absurdo.

— Sí, eso estará bien. Pero, entretanto, perezo poco a poco. Cada día mis fuerzas disminuyen y cada día tengo que trabajar como si no hubieran disminuido. Y eso no es vivir.

— Permíteme te diga que es así porque quieres.

— ¿Porque quiero?

— Sí. Entretanto que se acaba con este mundo absurdo, la moral permite se engañe a quien nos

domina. Y nada más fácil que engañarle. ¿Qué te impide, por ejemplo, fingir una enfermedad?

El consejo no cayó en saco roto, y la vaca, cuando vinieron a buscarla al día siguiente, parecía realmente enferma, muy enferma. Sudaba, tenía la lengua fuera de la boca y los ojos como apagados.

No había tiempo, por el momento, de llamar al veterinario. El trabajo que la vaca tenía que hacer era urgente. Y todos los demás animales habían partido ya para sus tareas. No quedaba más que el asno. Se echó mano a él. Y por primera vez en su vida supo lo que era trabajar, y por primera vez en su vida tocó con el dedo cuán imprudentes eran sus consejos.

Regresó, llegada la noche, por falta de costumbre, mucho más fatigado que la vaca. Pero no quiso que se viera su fatiga. Bromeó, derrochando a raudales el ingenio, con su compañera. Su perversión había alcanzado, aquel día, el límite postrero.

— No acierto a explicarme tus quejas — dijo finalmente a la vaca —. El trabajo del campo es un deleite. Se está en pleno sol; se está en pleno aire. Se respira con delicia. Llegan de todas partes rumores armoniosos.

— Ya me hablarás de todo eso cuando pasen unos días — comentó la vaca.

Y en seguida, como el esclavo que teme un castigo preguntó:

— ¿Ha estado el amo a ver el trabajo?

— Sí.

— ¿Qué le han dicho?

— Lo que creen la verdad: que estás enferma.

— ¿Y qué ha dicho él?

Aquí el asno se concentró. Tenía que deshacer su consejo. Tenía que hacer que la vaca volviera al día siguiente al trabajo. No habría sido, si no lograba esto, el moralista que era. Como quien no dice nada, de un modo indiferente, contestó.

— Ha dicho que, si mañana no te encuentras bien, como ya eres vieja, te llevan al matadero.

DENIS*

España es hoy una nación que vive secuestrada. No puede hablar porque su boca está oprimida por la mordaza de la censura. Le es imposible escribir porque tiene las manos atadas. El instinto de conservación impide que las gentes salgan a la calle para protestar contra tal esclavitud.

Un ejército poseedor de todos los medios destructivos oprime al país y le es fácil ahogar con fusiles y ametralladoras las quejas de la muchedumbre desarmada.

En España el ejército es una clase aparte; una especie de casta social, como en la Prusia del siglo XVIII durante el reinado de los primeros Hohenzollern.

España no puede hablar. Vive dentro de Europa como una mujer secuestrada en el interior de un cuarto forrado con colchones que impiden oír sus gritos.

(Esto lo escribió Vicente Blasco Ibáñez en 1925).

MICROCULTURA

1137. — El 12 de febrero de 1541 el español Pedro de Valdivia fundó la ciudad de Santiago de Chile, hoy capital de la República de Chile.

1138. — La «uricemia» es la acumulación de ácido úrico en la sangre.

1139. — La hermosa «suite» «Scherezada» fué compuesta por Nicolás Rimski-Korsakov.

1140. — El «vaho» es un vapor que despiden los cuerpos en determinadas condiciones.

1141. — Se entiende por «supino» lo que está tendido sobre el dorso.

1142. — Los británicos envenenan cada año su atmósfera con quinientas mil toneladas de dióxido de sulfuro y otros compuestos químicos, quemando carbón.

1143. — El río Mapocho margina la ciudad de Santiago de Chile.

1144. — La droga serpatilina es una combinación sedante y estimulante que da sensibles mejoras a niños retardados.

1145. — El parahuso es un instrumento manual usado para taladrar.

1146. — La cristalografía fué fundada por Renato Justo Haüy, mineralogista francés, en 1781.

1147. — El «quisco» es una especie de cacto espinoso.

1148. — El libro «El país de la blanca aventura» (White land of adventure) editado en 1957 en Estados Unidos, es el mejor compendio que tenemos ahora sobre la Antártica.

1149. — Se entiende por «ralea» la especie, género, ciudad, etc.

1150. — El 1 de abril de 1578 nació Harvey, el descubridor de la circulación de la sangre.

1151. — Por ópimo, se entiende a lo que es rico, fértil, abundante.

1152. — Una «paramera» es una región o vasta extensión de terreno, donde abundan los páramos.

1153. — La bellísima composición «El claro río» se debe al compositor Demetrio Shostakovitch.

1154. — El 4 de septiembre de 1609 descubrió Henry Hudson el río que lleva su nombre.

1155. — Un «ramojo» es un conjunto de ramas cortadas de los árboles.

1156. — La ballena azul puede llegar a pesar ciento cincuenta toneladas.

1157. — En marzo de 1959 se ensayó en Florencia, Italia, un «corazón eléctrico» capaz de resucitar a un muerto reciente en un corto período de tiempo.

1158. — Cuanto más alto es el voltaje, menos se calienta el cable conductor, y la energía eléctrica se transporta con menos pérdidas.

1159. — El tiburón ballena es el gran asesino de las regiones antárticas.

1160. — Los gitanos, que están esparcidos por el mundo entero, se conocen entre ellos con el nombre de «rom», que quiere decir «hombre pequeño».

1161. — En Ischigualasto, Argentina, ha sido descubierto un rico campo de fósiles que tiene veinte kilómetros de largo y contiene huesos de reptiles que vivieron hace unos 1170 millones de años.

1162. — El curiosísimo pez «grunión» sale a la playa para reproducirse, y luego de depositar los huevos en la arena, vuelve al mar.

1163. — El pinguino emperador es el único sobreviviente antártico de cuando la Antártica era una verde región forestal.

1164. — El primero en rodear la Antártica con una embarcación fué James Cook, en 1772.

1165. — Artículo es la parte de la analogía que antecede al nombre para anunciar el género y su nombre.

1167. — Nuevas drogas han resultado eficaces para combatir una enfermedad rara y a veces fatal, la lupus eritatosus sistemática, que tulle a las personas que ataca.

1168. — El hermoso libro «Mars» (Marte) de Franklin M. Branley, Nuevo Yark, 1955, es uno de los mejores que ahora tenemos sobre nuestro vecino planeta.

1169. — En esperanto todos los nombres terminan por o, los adjetivos por a, los adverbios por e y el infinitivo de los verbos por i.

1170. — El «epicarpio» es una película o telilla que cubre el fruto de las plantas.

1171. — La más próxima estrella, Alfa del Centauro, está a cuatro años luz y para llegar a ella, viajando a ochocientos mil kilómetros por segundo, se necesitarían miles de años.

1172. — La «facomalacia» es el ablandamiento del cristalino del ojo.

1173. — El artículo determinado en esperanto es «la» que como el inglés «the» sirve para todos los géneros y números.

1174. — Plutón, el más lejano de los planetas de nuestro sistema, tarda 247 años y 70 días en hacer su viaje de traslación alrededor del sol.

1175. — Gran Bretaña es la isla que se conoce con el nombre de Albión.

1176. — El plural en esperanto se forma con la «j» final, con sonido equivalente a la i castellana: domo (casa), domoj (casas).

1177. — Los planetas interiores son Venus y Mercurio; los exteriores son Marte, Júpiter, Saturno, Urano y Plutón.

1178. — La rotación de Marte es de 24 horas y 37 minutos; la rotación de la Tierra es de 23 horas y 56 minutos.

1179. — Se entiende por «gayar» adornar una cosa con diversas listas de otro color.

1180. — Los pronombres personales del esperanto que se emplean como sujeto en la conjugación de los verbos son: mi, vi, li, si, gi, vi, y ili (si y gi llevan un acento circunflejo sobre las consonantes).

1181. — Soemmering, en 1785, fundó la antropometría.

POETAS DE AYER Y DE HOY

Canción

Me pierdo en mi soledad
y en ella misma me encuentro,
que estoy tan preso en mí mismo
como en la fruta está el hueso.

Si miro dentro de mí,
lo que busco veo tan lejos,
que por temor a no hallarlo,
más en mí mismo me encierro.

Y si fuera de mí salgo,
más de prisa a mí me vuelvo,
que ya ni me entiende el mundo,
ni en el mundo nada entiendo.

Así, por dentro y por fuera,
se equilibra mi destierro.
dentro de mí, por temor,
fuera, por falta de miedo.

Entré mis dos soledades,
igual que un fantasma hueco,
vivo el límite de sangre,
sombra y fiel de mis deseos.

Bien sé yo que en la balanza
que pesa mi sentimiento,
el platillo del temor
es al que más yo me aprieto.

Pero lo que busco en él
de tal manera lo anhele,
que sólo quiero alcanzarlo
cuando esté libre mi cuerpo.

Hoy mi soledad me basta,
que en ella sé lo que espero,
lo que por ella he perdido
y lo que con ella tengo.

EMILIO PRADOS

Bajo el signo de ESTUDIO Y RECREO

CENIT ofrece a sus lectores las obras siguientes:

MAS DE 100 TITULOS

« Aladino y la lámpara maravillosa ».....	1 80
« Ali Babá y los cuarenta ladrones »	1 80
« Capitalismo, democracia y socialismo libertario », P. Souchy	1 20
« Criadero de curas », A. Sawa	1 50
« Del amor », Stendhal	1 20
« Don Juan Tenorio », Zorrilla	1 20
« Doña Perfecta », Galdós	1 20
« El barco varado », Vega Alvarez	1 00
« El cartero del Rey », R. Tagore	1 20
« El castillo de los Carpatos », J. Verne	1 00
« El dueño del mundo », J. Verne	1 00
« Elevación » (poema), A. Navarro	1 00
« El faro del mundo », J. Verne	1 00
« El gato con botas », Perrault	0 50
« El muchacho y la fortuna »	0 50
« El payaso inimitable », Zamacois	1 20
« El rayo verde », J. Verne	1 00
« El secreto de Martin », J. Verne	1 00
« El secreto de Will » J. Verne	1 00
« Fábulas de Esopo »	2 00
« Fábulas de Iriarte »	2 00
« Fiesta en España », Endériz	3 00
« Gulliver en el país de los enanos »	1 80
« Gulliver en el país de los gigantes »,	1 80
« Ivanhoe », W. Scot	1 80
« La alfombra mágica »	1 80
« La vorágine », Rivera	1 20
« La Celestina », Rojas	1 20
« La Cenicienta », Perrault	1 80
« La cosecha », R. Tagore	1 80
« La invasión del mar », J. Verne	1 00
« La lucha con el demonio », S. Zweig	1 20
« Las doce pruebas de la inexistencia de Dios », Faure	1 50
« La historia de Juan Maria, J. Verne	1 00
« Las tres damas de Bagdad »	0 50
« La tragedia de una vida » S. Zweig	1 20
« La Vampiresa », J. Ohnet	1 20
« Los dos mercaderes »	0 50
« Los primeros hombres de la Luna » Wells	1 20
« Marianela », Galdós	1 20
« Momentos estelares », Zweig	1 20
« Pasión perdurable », M. G. Stopes	1 20
« Pensamientos », J. Peiró	3 00
« Pepita Jiménez », J. Valera	1 20
« Peter Pan »	1 80
« Poemario patético » (preludio a G. Lorca), Volga Marcos	1 50

MAS DE 80 AUTORES

« Elementos de Psicología », E. B. Tichener	3 00
« El Hombre », A. Besant	15 00
« El hombre que se reía del amor », Pedro Mata	1 80
« El Mundo y el Mundo », R. W. Emerson	4 50
« El incendio », M. Dib	1 00
« El Japón sobre el mundo », A. Zischka	4 20
« El jardín encantado », A. Zamora	3 50
« El Mandarin », E. de Queiroz	1 20
« El matrimonio moderno », W. Stekel	12 00
« El pensamiento político de la derecha », S. Beauvoir	5 00
« El petróleo », F. Delaisi	2 00
« El Rastrojo », J. J. Berón	2 00
« El secreto de la concentración », Subirats	6 00
« El sexo en la civilización », (Varios)	7 00
« El sistema cooperativo », Warbasse	6 00
« El temor sexual », E. W. Hirsh	5 50
« En busca de un millonario », D. Lilly	3 00
« En marcha », F. Roosevelt	1 20
« En medio de los escombros », Lizcano	3 80
« Enrique V », Shakespeare	1 20
« Errico Malatesta », Nettlau	3 50
« Evolución histórica de la Biología », E. Nordens	13 00
« Fabiola », Wisseman	1 80
« Filosofía de las leyes »,	6 50
« Fénix », Wells	4 90
« Filosofía de las leyes », D. Papp	6 50
« Filosofía del derecho », F. Hegel	5 60
« Fisiología de la vida sexual », Dr Schwarts ..	3 50
« Fisiología del trabajo », A. Herlitzka	28 00
« Fugitivo del amor », E. Knight	8 40
« Hábitos sexuales de la mujer », Wittel	6 00
« Hacia el Norte », Bowen	9 00
« Historia de la conquista de la tierra », Andersen	4 90
« Historia de un corazón », E. Castelar	1 20
« Horas de lucha », M. G. Pradas	6 50
« Ideas para una concepción biológica del mundo », V. Uexkull	7 50
« Impaciencia del corazón », S. Zweig	5 60
« Infancia en N. Y. », Fast	5 50
« Introducción al Teatro de Sófoles », M. R. Lida	7 50
« Italia fuera de combate », I. Herraiz	2 00
« Jerome 60 », Bedel	2 50
« Joaquín Costa », L. Menéndez	1 50
« Juan Azul », Giong	4 50
« Kinsey y la sexualidad », Dr. Guerin	5 00

Pedidos a M. CELMA (S. L.) 4, Rue Belfort 2ème - Toulouse (H.-G.)